

Vr vida religiosa

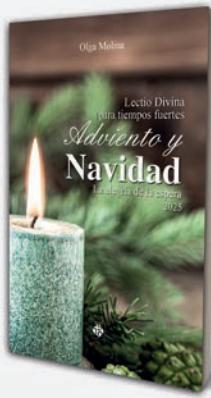
NOVIEMBRE 2025 | N° 9 vol. 139



Peregrinos de esperanza por los caminos de la paz

Crónica del Jubileo de la Vida Consagrada

NOVEDAD



Lectio Divina para tiempos fuertes

ADVIENTO Y NAVIDAD 2025

La alegría de la espera

OLGA MOLINA.

P.V.P.: 7 euros

Los tiempos fuertes del Adviento y la Navidad son muy propicios para meditar y dejar que la Palabra de Dios inspire nuestras vidas. La «lectura orante» del Evangelio nos llega, este año, de la mano de Olga Molina, del instituto secular Filiación Cordimariana.

CUADERNILLOS DE SINODALIDAD

Cuatro nuevos números de esta colección, creada por el CELAM y Editorial Claretiana (Argentina), sobre distintos aspectos de la sinodalidad con sugerencias para la reflexión personal y la renovación pastoral.



PALABRA Y VIDA 2026

El Evangelio comentado cada día

Una comunidad orante

VARIOS AUTORES.

P.V.P.: (pequeño) 3 euros, (grande): 5 euros



Coincidiendo con el 25 aniversario de este proyecto, los comentarios están escritos por doce misioneros claretianos, una comunidad «apostólica» reunida en torno a la Palabra. Doce miradas, doce estilos, doce maneras de escuchar y comentar: se trata de unidad en la diversidad.



Juan Álvarez Mendizábal, 65, dpto. 3º 28008 Madrid

Pedidos: Tf. 915 401 267 publicaciones@publicacionesclaretianas.com

www.publicacionesclaretianas.com

CARTA DEL DIRECTOR

Gonzalo Fernández Sanz

DIRECTOR DE VIDA RELIGIOSA

AMIGOS DE LOS POBRES

Muchos pensaban que el primer documento magisterial del papa León XIV sería sobre la inteligencia artificial. Sin embargo, la exhortación apostólica *Dilexit te* trata “sobre el amor hacia los pobres”. Como el mismo Papa aclara en la introducción, su texto es una herencia recibida del papa Francisco. Prosigue la senda abierta por la encíclica *Dilexit nos* “sobre el amor humano y divino del Corazón de Jesucristo”.

León XIV comparte el deseo del papa Francisco “de que todos los cristianos puedan percibir la fuerte conexión que existe entre el amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres”. No podemos convertir esta polaridad evangélica en un dilema irreconciliable.

En el capítulo III de la exhortación –titulado “Una Iglesia para los pobres” (nn. 35-81)– el Papa menciona los nombres de no menos de 25 religiosos y religiosas que a lo largo de la historia se han distinguido por su entrega a los pobres: mendigos, cautivos, enfermos, hambrientos, esclavos, sintecho, emigrantes, etc.

Bastantes de ellos y ellas han fundado instituciones para atenderlos y acompañarlos. Hoy muchos de nuestros lectores forman parte de estas órdenes y congregaciones. A ellos y a todos nosotros van dirigidas las

palabras interpelantes con las que el papa León XIV cierra el capítulo tercero de su exhortación:

“Los movimientos populares, efectivamente, nos invitan a superar ‘esa idea de las políticas sociales concebidas como una política hacia los pobres, pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos’ (Papa Francisco). Si los políticos y los profesionales no los escuchan, ‘la democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando porque deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino’ (ibíd.). Lo mismo se debe decir de las instituciones de la Iglesia”.

Hace años se hablaba con fuerza de “la opción preferencial por los pobres”. Muchas congregaciones religiosas hicieron apuestas valientes. Otras se desangraron en luchas internas que impidieron un discernimiento sereno y paralizaron la acción. Se entró luego en una etapa de serenidad que muchos interpretan, más bien, como cansancio o abandono. ¿No habrá llegado la hora de volver a preguntarnos en serio, sin estériles polémicas, si somos de verdad “amigos de los pobres”? ¿No puede constituir la

exhortación *Dilexit te* un fuerte revulsivo para despertarnos de una vida religiosa demasiado encerrada en su burbuja de comodidad y distancia?

No se trata solo de servir a los pobres (eso nunca han dejado de hacerlo las diversas formas de vida consagrada), sino de ser sus amigos, de hacernos de su clase, de mirar el mundo desde su lugar, de compartir sus luchas y sus esperanzas.

El despojo que muchas congregaciones viven en la actualidad a causa de la disminución y el envejecimiento nos coloca en una situación de menesterosidad en la que, sin artificios, podemos sentirnos más cerca de quienes siempre han vivido instalados en ella.

Podríamos decir que, sin esperar lo –y tal vez sin desearlo– cada vez somos más pobres y, por tanto, más solidarios con quienes no disponen de recursos para sobrevivir o hacerse valer. El Papa termina su exhortación con unas palabras que señalan un luminoso camino de futuro:

“El amor cristiano supera cualquier barrera, acerca a los lejanos, reúne a los extraños, familiariza

a los enemigos, atraviesa abismos humanamente insuperables, penetra en los rincones más ocultos de la sociedad. Por su naturaleza, el amor cristiano es profético, hace milagros, no tiene límites: es para lo imposible. El amor es ante todo un modo de concebir la vida, un modo de vivirla. Pues bien, una Iglesia que no pone límites al amor, que no conoce enemigos a los que combatir, sino solo hombres y mujeres a los que amar, es la Iglesia que el mundo necesita hoy”.

Podríamos añadir que una vida consagrada que “no conoce enemigos a los que combatir, sino solo hombres y mujeres a los que amar” es el tipo de vida que la Iglesia y el mundo necesitan hoy.

El reciente Jubileo de la Vida Consagrada, del que damos cumplida cuenta en este número, nos indica que, siendo “amigos de los pobres”, siempre podremos superar el escepticismo que nos amenaza para ser verdaderos “peregrinos de esperanza”. **VI**

Nuestra portada

Es obvio que no podían acudir a Roma las casi 800.000 personas consagradas que hay en la Iglesia católica. Pero en la plaza de San Pedro, en las calles e iglesias de la ciudad y en el aula Pablo VI se dieron cita hombres y mujeres de todos los continentes para celebrar que somos “Peregrinos de la esperanza” en tiempos de incertidumbre. Bajo el cielo azul de Roma, la plaza de San Pedro se convirtió en una “tienda multicolor del encuentro”.





4

Histórias menudas jubilares:

Santa Rita, Rita...
Mariano José Sedano

5

Experiencias:

Peregrinos de esperanza por los caminos de la paz
Mariano José Sedano

10

Observatorio de humanidad:

iNuestra Señora de los pequeños, ruega por nosotros!
Valentina Stilo

11

Reflexión:

La esperanza nuestra de cada día
Pablo Largo

20

Hablando en dialecto:

Comprender lo incomprendible
Dolores Aleixandre

21

Retiro:

«Aprender a vivir para aprender a morir»
M. Elena Díaz Muriel



29

Algo está brotando:

«Vamos a un lugar apartado a descansar»
(Mc 6,31)
Miguel Márquez

30

Entrevista a:

Cinta Bayo
Ignacio Virgillito

36

Ecos del claustro:

Trabajando las raíces
Mª Pilar Avellaneda

37

Herramientas para la vida comunitaria:

Un encuentro de familias en familia
Manuel Ogalla

40

Institutos de vida consagrada:

Orden Hospitalaria de San Juan de Dios
Joaquim Erra Mas

43

Actualidad:

Principio de curso en el ITV y la ERA
Ignacio Virgillito

46

Desde Oriente:

Salud mental de los consagrados
Paulson Veliyannoor

47

Rincón cultural:

Inteligencia artificial (IA), tú me sondeas y des-conoces
Libro: *La celda cerrada*
Pedro M. Sarmiento

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos).

Director: Gonzalo Fernández Sanz.

Subdirector: Adrián de Prado Postigo.

Consejo de Redacción: Antonio Bellella, Luis A. Gonzalo Díez, Antonio S. Orantos, Samuel Sueiro, José Cristó Rey García Paredes, Anthony Igobokwe, Ignacio Virgillito, María Piedad Amigo, Pedro M. Sarmiento.

Depósito Legal: M2.5821.958 ISSN: 02119749

Maquetación y diseño: Verónica Navarro, Ruth Guerrero, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento.

Foto de portada: Redacción. **Imprime:** Din Impresores.

Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 WhatsApp: +34 676 25 67 05

email: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238

email: suscripciones@vidareligiosa.es

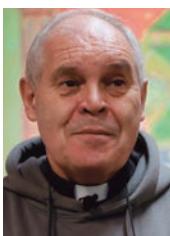
Precios: España y Unión Europea: 65 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 95 euros ó 103\$ USD.

Otras naciones: 68 euros ó 73\$ USD.

Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

HISTORIAS MENUDAS JUBILARES



Santa Rita, Rita...

Mariano José Sedano

MISIONERO CLARETIANO (SAN PETERSBURGO, RUSIA)

Desde niños sabemos como prosigue esta cantinela. Dicen que justifica el que sea patrona de los funcionarios públicos. Conseguida la prebenda, ya no la pierden nunca.

Puede que no todos sepan que su protagonista, una mujer pequeña y menuda de finales del siglo XIV, vivió una vida prodigiosa, digna de un serial que mantendría a los espectadores pendientes de cada entrega.

El año 1450 Roma revive un año jubilar. Después de Aviñón y del terrible cisma de Occidente, que dividió a la Iglesia, todo volvía a la normalidad. La ciudad se llenó de peregrinos. Lo llaman el Jubileo de los siete santos. Allí estaban Juan de Capistrano, Juan de la Marca, Diego de Alcalá, Pedro Regalado, Catalina de Bolonia, Antonino de Florencia y nuestra Rita de Casia.

Todos, sin conocerse en persona, asistieron a la canonización de san Bernardino de Siena. Las agustinas de Casia, el convento de Rita, quisieron ir a ganar el Jubileo. La abadesa prohibió a Rita ir a Roma. Desde hacía 8 años en su frente había aparecido una herida misteriosa provocada por una espina de la corona del Crucificado. La llaga desprendía mal olor. Por eso la superiora juzgaba que no era conveniente mostrarla en público.

Rita quería participar en el año jubilar. Pidió un ungüento sencillo

de boticario y, al poco de aplicarlo, la herida cerró. Así pudo cumplir su sueño.

Al regresar de Roma, la herida se abrió de nuevo. Rita vivirá siete años más en el monasterio una vida sencilla de trabajo, oración, penitencia y ayuda a los necesitados.

Los prodigios empiezan a manifestarse solo tras su muerte, al amanecer del 22 de mayo de 1457. Las campanas del monasterio tocaron solas y desde su celda se esparció por todo el monasterio un suave perfume de flores. Su rostro resplandecía de belleza, y en la llaga se formó una pequeña cicatriz, aún hoy visible.

Desde ese momento, Rita se convirtió en una de las figuras más milagrosas de la historia. El papa León XIII la canonizará en el año santo de 1900. Y en el Jubileo del año 2000 Juan Pablo II la invitó a volver de nuevo a Roma, al año santo.

Su cuerpo incorrupto se mostró ante 70.000 fieles de todo el mundo en la *piazza* de San Pedro. El papa Wojtila presentó así a esta mujer singular: “¿Por qué Rita es santa? No por la fama de los prodigios (...) sino por la maravillosa normalidad de su existencia vivida por ella, primero como esposa y madre, y después como viuda y religiosa agustina”.

Una menuda bien jubilar, como veis.

EXPERIENCIAS



Roma, 8-11 de octubre de 2025

Peregrinos de esperanza por los caminos de la paz Crónica del Jubileo de la Vida Consagrada (1)

En este número y en el de diciembre ofrecemos una crónica de nuestro inesperado corresponsal en el Jubileo.

Mariano José Sedano Sierra, CMF

Calentando motores

A mediados de septiembre el director de esta revista me comentó con pena que no contaban con un corresponsal para el Jubileo de la Vida Consagrada en Roma. Cuando le recordé que estaría allí impartiendo clases en nuestro Pontificio Instituto de Teología de la Vida Consagrada, me convertí en corresponsal.

En la oficina de la Sala de Prensa, vaticana, todo fueron facilidades para convertirme en corresponsal oficial. La credencial con tu fotografía abría puertas y aceleraba caminos de acceso, aunque no siempre, en una Roma desbordada de turistas y peregrinos, con colas de espera de horas. Una vez más, nuestra revista logró el prodigo, e hizo verdad su

denominación humorística —familiar entre los colaboradores— de Vida Prodigiosa.

El sonido del silencio y la oración

El 8 de octubre comenzó el Jubileo de la Vida Consagrada, promovido por el Dicasterio para la Evangelización y el Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (DIVCSVA). Estaba prevista la participación de unas 16.000 personas consagradas, provenientes de 100 países. La impresión —no sé si confirmada— es que en algunos momentos fueron muchos más. La mañana del primer día se dejó para que todos los que lo deseasen pudiesen dar inicio a su itinerario de peregrinos de esperanza. Grupos, más o menos numerosos de consagrados hicieron el recorrido llevando la cruz en oración con cantos para cruzar la Puerta Santa de la basílica de San Pedro. Era un río multicolor de hábitos y carismas diversos: religiosos y religiosas, monjes y contemplativas, miembros de institutos sacercales, del *ordo virginum*, ermitas y representantes de nuevas formas de vida consagrada. En las iglesias jubilares se ofrecía la posibilidad del sacramento de la reconciliación.

El Jubileo oficial comenzó a las 19:00 horas con la vigilia de oración en la basílica de San Pedro. La primera sorpresa —poco grata— fue que quienes deseaban participar en ella y otros miles de peregrinos que querían pasar por la Puerta Santa tenían asignado el mismo recorrido hasta la entrada de la Basílica. No parecía previsto un pasillo especial para facilitar el acceso a los consagrados. Yo estuve esperando casi dos horas antes de poder llegar al lugar correspondiente. Desgraciadamente bastantes consagrados llegaron ya empezada la

ceremonia, presidida por el cardenal salesiano Ángel Fernández Artíme, pro-prefecto del DIVCSVA. El tema elegido para la vigilia —el mismo de todo el Jubileo— era “Peregrinos de esperanza por los caminos de la paz”. Este lema marcó los tres momentos de reflexión y los testimonios que se ofrecieron para dar voz al clamor del mundo y a la misión de los consagrados como artesanos de paz y esperanza.

La celebración comenzó con una procesión en la que se portaba una pequeña planta de olivo y diez círios encendidos. La asamblea en pie acompañaba la procesión con el himno del Jubileo y después con la invocación al Espíritu Santo. Cada uno de los momentos iniciaba con un texto bíblico, contaba con un comentario o salmo y terminaba con el testimonio de una persona consagrada. El primer momento, “*Cristo, nuestra paz, fuente de esperanza*”, ofreció una meditación inspirada en un conocido texto de Charles Péguy, que invita a contemplar la esperanza como una niña frágil pero perseverante, llevada a hombros del sufrimiento y de la fe. Siguió el elocuente testimonio de una monja contemplativa, escrito ante la imagen de un niño refugiado de Gaza:

“Y yo, que no fui madre por una maternidad que viene de lo Alto, yo que permanezco tras las rejillas de mi clausura esperando y rezando por un mundo que no tiene paz, no dejo de pensar en todos los hijos arrancados de los brazos de la paz, que también son míos y de todos nosotros”.

El segundo momento, “*Llamados a ser constructores de paz*”, evocó la pasión por las “paciencias” descritas por Madeleine Delbrêl: esos pequeños esfuerzos cotidianos que consumen y purifican el corazón. Una consagra-

da compartió cómo esas paciencias queman, sobre todo, cuando nos vence tentación de pensar y creer que nada puede cambiar. Así se apaga la esperanza. En el tercer momento, “...y peregrinos de esperanza”, volvimos a escuchar el impresionante testamento del monje trapense Christian de Chergé, mártir de Tibhirine, que resonó como un himno a la vida entregada. El testimonio misionero de una religiosa recordó su servicio entre los más pobres: “La misión no es hacer, sino dejarse transformar; mi vida no tiene simplemente una misión: mi vida es misión”.

En la última parte de la vigilia, titulada “... para que vuestra alegría sea perfecta”, el Evangelio elegido fue el de la Visitación. La hermana Mary, de las Hermanas de la Caridad de santa Juana Antida Thouriet, ofreció un testimonio de “visitación” desde las tierras heridas de Oriente Medio, afirmando que “la esperanza no es ausencia de dolor, sino presencia de Dios en el dolor”. La vida consagrada comparte así el estupor de un encuentro, el don de la alegría compartido entre las dos mujeres del Evangelio, que se reconocen mutuamente como portadoras de un bien incommensurable: la vida! Esa alegría que brota de un corazón habitado por el amor de Dios y que nos ha impulsado a decirle sí con nuestra consagración.

En su homilía, el cardenal Ángel Fernández Artíme presentó a María como imagen viva de la consagración: fuerza en movimiento, seno que engendra esperanza, presencia que rompe la inmovilidad. Su camino veloz hacia Isabel reflejaba el rostro más genuino de la vida consagrada: una disponibilidad que se convierte en paso, encuentro y luz, capaz de anunciar y hacer revivir la paz allí donde la esperanza vacila.

La vigilia terminó con un momento prolongado de silencio e intercesión por la paz en el mundo. Las voces de los consagrados, unidas en el canto, expresaron la alegría de una Iglesia que sigue creyendo que es la esperanza la que nos pone a todos en camino siendo artesanos de la paz. La celebración estuvo bien preparada con textos y testimonios muy hermosos. Dio tonalidad y hondura espiritual al inicio del Jubileo. La Palabra acogida en el silencio y la oración y hecha visible en testigos vivos de esperanza serían las claves de lectura de todos los eventos. Eché de menos algo más de simbolismo y participación de la asamblea con algún gesto. “Bonito, sí, pero demasiada letra”, comentaban algunos corrillos mientras salíamos presurosos para no perder el autobús. Ya eran casi las 9 de la noche.

Ruge el León

Hoy todos hemos madrugado para no sufrir la espera de las colas. La jornada del 9 de octubre se abre con la Eucaristía presidida por el Papa. La inmensa plaza de San Pedro está casi llena. Me comentan que cuando se preparaba esta celebración, monseñor Fisichella comentó que no creía que se pudiese llenar. Parece que calculó por bajo.

Bromas aparte, en su esperada homilía, el Santo Padre resaltó los tres verbos tomados del evangelio del día: *pedir, buscar y llamar* como iconos de la consagración y los votos: pedir en la pobreza, buscar en la obediencia, llamar para llevar al prójimo la caridad de Cristo. Nos invitó a hacer memoria de nuestra vocación y volver al corazón para recordar las maravillas que ha realizado el Señor multiplicando los talentos, fortaleciendo la fe y acrecentando el amor en nosotros. La voz del papa León

nos anima a ser testigos vivos y profetas del primado de Dios. Estamos llamados a difundir por todo el mundo el oxígeno de su amor: un amor concreto, fiel y duradero.

Me llamó la atención la relativamente escasa presencia de cardenales y obispos religiosos concelebrando. Tras la misa, corremos a la Sala de Prensa del Vaticano porque se presenta la primera exhortación apostólica de León XIV, *Dilexi te*. En la mesa dos cardenales: Krajewski, limosnero del Papa, y el jesuita Czerny. Y dos consagrados: el franciscano belga Frédéric-Marie Le Méhauté, provincial de Francia-Bélgica, y la hermana Clémence, hermanita de Jesús de la Fraternidad de Roma. La exhortación es un rugido de atención que continúa la obra y doctrina del papa Francisco de hacer una Iglesia pobre y para los pobres. Este correspolson preguntó a los ponentes si la coincidencia de la presentación del documento con la jornada central del Jubileo de la Vida Consagrada contenía alguna llamada particular para los diversos carismas de vida consagrada. El hermano Frédéric y la Hermana Clémence comentaron que creían que la exhortación es un mensaje claro para la vida religiosa. “El documento nos desafía como religiosos a repensar el voto de pobreza”, dijo el religioso franciscano, recordando la bofetada moral que recibió —él, un joven novicio, “recién salido de la formación”— de un hombre pobre al que le estaba enumerando sus votos, incluido el de pobreza. “Me gritó: ¡No me hables de pobreza, sé muy bien lo que es!”. La hermanita de Jesús subrayó:

“El Santo Padre nos exhorta a todos, nos inspira, nos desafía.

Se trata de una clara llamada, precisamente por su forma de exhortación, a la vida religiosa a

reconsiderar nuestra forma de vida y cambiar nuestra mirada. Tenemos que cambiar la actitud de no solo hacer y trabajar para los pobres, sino de vivir con ellos para ver el mundo con otra perspectiva. Es decir, una llamada a comprender el mundo a través de los ojos de nuestros hermanos y hermanas más pequeños”.

Al salir a la calle tuve la sensación de que el papa León había elevado su voz profética siguiendo la estela marcada por Francisco para que la Iglesia no olvide su verdadero tesoro. El hecho de que 33 números de los 121 que tiene la exhortación están consagrados a la vida consagrada y los pobres y que se cite por su nombre a 25 religiosos y religiosas santos vinculados a los pobres, me da a entender que León nos ha querido recordar algo imprescindible en el camino de esperanza de la vida consagrada. Un verdadero rugido al estilo del profeta Amós (3,8-10).

La voz de la ciudad

Por la tarde, hubo dos momentos significativos. Primero, se tuvieron encuentros específicos para cada forma de vida consagrada, en diversos puntos de Roma. En la mayoría de los grupos, el inicio del encuentro estuvo marcado por dinámicas de bienvenida para facilitar la participación de todos. Después, siguió un tiempo de reflexión a partir de algún texto o la presencia de un ponente o facilitador. Después el tiempo se dedicó a las “conversaciones en el Espíritu”, siguiendo el método sinodal, centradas en el tema de la esperanza en el día a día según las diversas formas carismáticas de consagración.

Entre las 19:00 y las 21:00 horas, el jubileo abrió sus puertas a Roma. Tres de sus plazas se transformaron



en espacios de fiesta, encuentro y diálogo entre los consagrados y los barrios de Roma. Cada lugar reflejó tres dimensiones de la existencia humana: la *fraternidad* que derriba muros, la *escucha* que devuelve dignidad y el *cuidado* que recompone los desgarros del tejido de la creación. La plaza Víctor Manuel acogió la reflexión sobre la fraternidad universal. Fue una experiencia muy gozosa de *happening* y complicidad entre los presentadores —de gran profesionalidad y simpatía— y los 400-500 consagrados que desbordábamos el espacio reservado de la plaza. Pasaron ante nuestros ojos diversas experiencias muy vivas de fraternidad. Cercanas unas: el barrio en torno a la plaza con escuelas de integración de extranjeros, iniciativas parroquiales y cívicas, presencia de los párrocos. Universales otras, con testimonios de diversas partes del mundo de consagrados que crean fraternidad y derriban muros. Al ritmo de la Babel Nova Orchestra, se tejío una gramática del encuentro capaz de superar las diferencias, reconociendo en el otro no a un extraño, sino a un hermano, o

hermana. Volví a casa cansado, pero lleno de energía espiritual y anímica.

De los otros lugares, relato lo que me contaron. En la plaza de los Mirti, en la periferia, el Kantiere Kairòs dio voz al tema de la escucha de los últimos. Precisamente porque existen personas descartadas, que habitan las periferias de la atención colectiva, la vida consagrada en sus diversas formas se acerca a ellas para escucharlas, darles voz y defender su dignidad. La plaza Don Bosco acogió la reflexión sobre el cuidado de la creación, con la participación del Sonia Nifosi Studio. Se oyó la voz quebrada de la tierra herida, el clamor del medio ambiente que pide ser escuchado y protegido, la necesidad de vivir desde un nuevo paradigma en la relación con el mundo que nos rodea en línea con las enseñanzas de *Laudato si'*: no dominio, sino custodia; no explotación, sino reciprocidad. Una intensa jornada de conocimiento y comunión, reflexión y testimonio, que transforma la vida consagrada en semilla de esperanza, en oxígeno del amor de Dios sobre todo para los últimos, los pobres y la casa común. **W**

OBSERVATORIO DE HUMANIDAD



**iNuestra Señora de los pequeños,
ruega por nosotros!**

Valentina Stilo

FRATERNIDAD MISIONERA VERBUM DEI. ROMA (ITALIA)

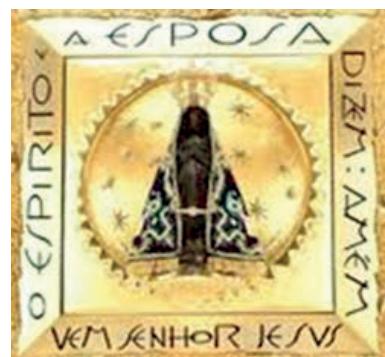
Era agosto de 2013, acabábamos de regresar de la Jornada Mundial de la Juventud en Río y, antes de volver a nuestros países de origen, decidimos visitar el santuario de Nuestra Señora Aparecida, en la ciudad que lleva su nombre.

Recuerdo mi sorpresa por el tamaño de la basílica y la belleza de los mosaicos y frescos de Claudio Pastro que decoran su interior. La mirada se perdía en la búsqueda de Ella, la razón de ser de todo ese cemento y esos colores: la estatua negra de 36 centímetros se encontraba en un nicho junto a las imágenes de las mujeres de la Biblia.

Yo estaba con un joven inglés que se volvió hacia mí y me dijo: “¿Y esta es la patrona de Brasil? ¿Cómo es posible que sea tan pequeña?”. Su tono era indignado.

Entonces le hablé sobre el río Paraíba do Sul, sobre el cuerpo y la cabeza de la estatua encontrada por dos pobres pescadores, sobre la pesca milagrosa, igual que la de los primeros discípulos de Jesús, y sobre la insistencia de la Virgen de estar con los pequeños, los invisibles.

Lo mismo había sucedido con la llegada de la Virgen del Rosario a Brasil. Según algunas tradiciones, ella, que había sido puesta en la casa de los ricos terratenientes del lugar, insistió en volver a la playa,



hasta que un grupo de esclavos, tocando y cantando, la llevó a la “senzala”, su morada colectiva.

Octubre acaba de terminar y con él la fiesta de Nuestra Señora de Aparecida y Nuestra Señora del Rosario. En estos tiempos en los que los poderosos siguen alzando la voz y haciendo valer sus razones por la fuerza, me pregunto si nuestra consagración no puede ser un signo de una pequeñez que insiste en ser tal y que resiste la nostalgia de un pasado glorioso, recorriendo más una vez, como la Virgen, el camino de la solidaridad con los más pequeños.

iNuestra Señora de los pequeños,
ruega por nosotros!

REFLEXIÓN



La esperanza nuestra de cada día

El Año Jubilar 2025 sigue su curso. El papa Francisco nos propuso vivirlo como peregrinos de la esperanza y la Santa Sede elaboró un detallado calendario en que fijaba días para la peregrinación a Roma atendiendo a una gran variedad de realidades eclesiales y humanas. Si lo dividimos convencionalmente según los meses del año, estamos en el tramo penúltimo: quedan *por delante* dos meses.

Pablo Largo Domínguez, CMF

Por delante: nos representamos el tiempo como una secuencia lineal y situamos delante los tiempos venideros. Los griegos los imaginaban de otro modo: designaban el pasado como el tiempo que está delante y al futuro como el que tenemos detrás (*ho ópisthen chrónos*). Quizá se apoyaban en un dato de experiencia: no vemos lo que hay a nuestra espalda; análogamente, permanece velado a nuestro conocimiento lo que sucederá en el futuro; contamos, sí, con que este discorra según previsiones, pero pueden acontecer hechos totalmente impredecibles.

En cualquier caso, esa ignorancia no debe paralizarnos. No es bueno dejar al azar lo que depende de nuestra capacidad de anticipación, de decisión y de acción. Conectando con el motivo propuesto para el Jubileo, se proponen aquí unos apuntes que invitan a poner una urdimbre de esperanza en la trama de la vida diaria.

”

Nuestros sueños deben cuajar en opciones consistentes: diseños y compromisos

El vivir cotidiano

La vida se jalona en la sucesión y paso de los días. Los momentos en que se desgrana una jornada cualquiera se llenan de múltiples vivencias y actividades. Las clasificamos en siete apartados. Para denominarlos, tomamos como pauta el título de una obra de Hesíodo (*Los trabajos y*

los días) e introducimos las variaciones que proceda.

1. Los sueños y los días. Enmendando algo la plana a una acepción de la palabra “sueño” en el Diccionario de la Lengua, se la emplea también con un matiz positivo. (Se habla incluso del “sueño de Dios” para con sus hijos y sus criaturas). Ese lenguaje delata el *deseo radical* que nos habita; de este brotan los “sueños despertados”, las ilusiones, las fantasías creativas que movilizan a personas y a grupos humanos. Parece que la juventud es la edad de por sí fértil en ese género de vivencias, pero Joel anunciaba futuros sueños *suscitados por el Espíritu* en los ancianos (Jl 3,1; Hch 2,17). Como diría el papa Francisco, no nos dejemos robar nuestros sueños! Lo que sí importa es que no vengan a parar en puras veleidades y quimeras, sino que cuajen en *opciones consistentes*; dicho con otras palabras: importa que cuajen en diseños y compromisos.

2. La agenda y los días. Agenda: lo que hay que hacer. Y lo primero que toca hacer son los planes, proyectos, programas para un tiempo determinado. Cada día tiene asignado un cometido dentro de ese proyecto o programa. Ahora es *la razón* la que sopesa lo que se puede hacer, lo que procede hacer, lo que se debe hacer, de acuerdo con objetivos previamente trazados. Seguirán la decisión y el compromiso, eventualmente público, de llevar a cabo esa agenda. Y, para que los programas no queden en las buenas intenciones de que está empedrado el camino que lleva al abismo, tocará pasar a la acción.

La Escritura se refiere al plan del Señor y a los proyectos de su corazón (Sal 33,11). De Dios decimos que ha tenido un designio salvífico, cuya realización se jalona en varios mo-

mentos (cf. Rom 8,28-30; Ef 1,3ss). Tal designio no puede resultar fallido, pues Dios mismo sale garante de su cumplimiento. Nos ha incorporado a él como destinatarios de su salvación y como cooperadores en su obra. Nos llama a discernir su voluntad, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto (Rom 12,1-2), para que nuestros programas encajen en su proyecto y se ajusten a él.

3. “Los trabajos y los días”. Ahora se da el paso del plan o programa a la tarea. El poeta griego, en esa obra parenética, elogia la vida laboriosa y lanza invectivas contra los holgazanes, siguiendo —según Rodríguez Adrados— la estela de los libros sapienciales de la Biblia y obras de otras tradiciones. El trabajo —dice Hesíodo— es para los hombres la fuente de todo bien. Y va indicando los días del mes propicios para de-

terminadas faenas de agricultura y de pesca. Escribe:

“Es el hambre habitual compañera del varón inactivo. Dioses y hombres se irritan con aquel que vive inactivo, semejante en su índole a los zánganos rabones, los que esquilman el fruto del afán de las abejas, devorándolo sin trabajar. A ti, por el contrario, te sea grato atender a trabajos honestos, a fin de que con el anual alimento se hinchen tus cabañas”.

En la tradición bíblica, Dios mismo aparece en ciertos pasajes bajo las especies de un artesano u obrero; y Jesús dirá: “Mi Padre trabaja siempre” (Jn 5,17). No ha creado por necesidad; su acción creadora es libre, pero no casual o arbitraria (esto sería propio de un demonio caprichoso). Cuando crea algo, este algo tiene su



razón de ser en la complacencia divina. La creación es un juego de su insondable sabiduría, el lugar de recreo para el desarrollo de la gloria de Dios (Moltmann).

”

El placer es indicio de salud, es un lujo, pero no lo es todo

Por el trabajo nos volvemos imitadores de Dios y cooperamos con él en el cuidado de su obra. Trabajamos para ganar el sustento, dar cauce a potencialidades que dormitan en cada uno o en la comunidad, ayudar al prójimo con nuestros bienes, agradar a nuestro Padre del cielo. Es tiempo de sembrera. La faena no será baladí.

4. *Los placeres y los días* es el título dado por Paco Umbral a una serie de colaboraciones periodísticas en el diario *El Mundo*. En 1994 publicó una selección: *Mis placeres y mis días*. Umbral había plagiado el título de una obra de Marcel Proust aparecida en 1896, *Los Placeres y los días*, colección de cuentos y ensayos que exploran la complejidad de la vida diaria y las relaciones humanas.

La presencia de lo placentero y lo gratificante en la vida es un bendito lujo que nos deparan las cosas; por ejemplo, los alimentos no traen meros nutrientes ni solo proteínas; aportan azúcares, sales y gran variedad de sabores. El autor del *Eclesiastés*, en su peculiar visión de lo humano, invita a sacar jugo al lado agradable de esta vida, sin aplazar el goce pa-

ra inciertos mañanas. Y el autor del *Eclesiástico* aconseja: “Hijo, en la medida de tus posibilidades trátate bien [...]. No te prives de pasar *un buen día*” (*Eclo 14,11.14*).

El placer es un bendito indicio de salud: cuando nuestros humores están alterados, nos repugna lo que suele resultarnos agradable. El placer es un lujo del viviente: se nota cuando embargan a la persona estados psíquicos que merman seriamente su intensidad vital. Es quizá una ley de ahorro de la energía psíquica.

Ahora bien, el placer no lo es todo y el hedonismo no parece la propuesta filosófica más madura. Podemos preguntar: en hombres que, por hipótesis, llevaran una vida exclusivamente placentera, ¿se darían las condiciones mínimas para que surgiera la idea de Dios? ¿No nos sumergiría ese placer en lo inmediato, en el puro aquí y ahora, en un presentismo que incapacita para dilatar la vida y remitirla a un horizonte más amplio de sentido, de verdad y de bien, que desborda el círculo de lo placentero? Una sociedad hedonista, ¿no anula o tiende a anular la experiencia de la distancia, la nostalgia, el anhelo, la esperanza?; ¿es porosa a una palabra de Dios, a un anuncio de Dios, a la fe en Dios? Además, para poner el placer en su buen sitio, somos instados a preguntarnos: ¿Quién paga mi placer?; ¿qué costo tiene para mí mismo mi placer?

5. *Las inquietudes y los días, las preocupaciones y los días*: ese podría ser el título de otra colección de consejos o de relatos. Nos trabaja una inquietud de fondo: “¿Qué será de mi vida, qué será?”. No queremos que se malogre. Y están las inquietudes de cada día por lo que nos pasa o nos puede pasar, por el resultado de unas pruebas, por el de una tera-



pia a que nos sometemos, por el de una tarea que emprendemos. Uno quiere que le salgan bien las cosas, pero no hay plenas garantías; con todo, esa incertidumbre puede volverse estímulo.

La inquietud o la *preocupación*, si no solo merodea la conciencia, sino que se adelanta al primer plano y ocupa todo el escenario mental, nos saca de la ocupación que nos concentraba y absorbía y del ahora placentero en que estábamos engolfados y revela a las claras otra faceta del vivir: su condición incierta. La *anticipación* angustiosa de algo temido nos secuestra el presente; otro tanto hace la *memoria* obsesiva de males y traumas pasados; no es una leve onda, sino un remolino que engulle el alma.

Las preocupaciones normales pueden ser motivo de distracción en la oración o en la ocupación concreta a que nos dedicamos. Pero lo propio de una buena preocupación es traducirse en cuidados (de sí mismo,

del otro) y en desvelos por el otro. Los padres son modelo de desvelos; san Pablo, que en ocasiones se presenta como padre o como madre, es modelo de ministerio: lleva “la carga de *cada día*: la *preocupación* por todas las Iglesias” (2Cor 11,28).

Él enferma si alguien enferma; si alguien tropieza, él se enciende (v. 29). A la inversa y en reciprocidad, Pablo se deja cuidar durante su prisión en Filipos: es bueno y saludable para todos acoger el cuidado atento y discreto que no estorba nuestra autonomía.

6. Las pruebas y los días. Enlazamos las pruebas con las *preocupaciones*. Cabe entender estas últimas como modos de anticipar lo que puede suceder; las pruebas, en sentido fuerte, serían experiencias o situaciones duras a que *de hecho* nos vemos ya sometidos, por contingencias que sobrevienen (enfermedades, sufrimientos, injusticias, crisis interiores, dramas...) o por opciones que hacemos. (Al novicio se lo lla-

maba “probando”: el que ha de ser sometido a prueba, para *verificar* si es apto para esa determinada forma de vida a cuyas puertas ha llamado. Hay que averiguar si tal forma de vida *le prueba bien*). Y sabemos de sobra que las pruebas no se han desvanecido en un ayer remoto que deja paso a un presente y un porvenir venturosos. Llevamos su carga en el cuerpo y en el alma. Somos perpetuos probandos.

“Hijo, si te acercas a servir al Señor, prepárate para la prueba” (Eclo 2,1). Cada día puede traer una dosis mayor o menor. Escribía el apóstol: “la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza”, esa esperanza que no defrauda (Rom 5,3b-5a).

Desde la experiencia de lo que nos inquieta y preocupa y desde las pruebas por que pasamos, podemos orar o intentar orar, como hacen tan a menudo los salmistas. La primera carta de Pedro nos invita a descargar en Dios todas nuestras preocupaciones y agobio, que él se interesa por nosotros y cuida de nosotros (1 Pe 5,7; cf. Sal 55,23).

7. Los duelos y los días. En el vivir diario acusamos pérdidas: de bienes,

principio y al final, cosas que nos pasan, contingencias que *sobrevienen*; *no las programamos*, entran en el lote de la vida. Y la huella y vacío que algunas pérdidas nos dejan puede ejercitar un extraño hechizo al que nos rendimos:

“Mi pena es muy mala,
porque es una pena
que yo no quisiera
que se me quitara”.

Nos afectan las pérdidas o injusticias que padecen otras personas (en particular, aquellas con quienes convivimos, tenemos trato o, al menos, conocemos). En esas situaciones participamos de sus sentimientos y les expresamos nuestra condolencia, al igual que tomamos parte en sus alegrías y las felicitamos (cf. Rom 12,15).

En síntesis: la vida diaria trascurre entre sueños, proyectos y programas, trabajos y descansos, goces y dolores, inquietudes, preocupaciones y cuidados, pruebas, momentos y tiempos de duelo por las pérdidas sufridas. Esa es su trama.

La gracia, la esperanza y los días

Volvemos a Hesíodo. Narra el mito de Pandora. El relato es algo confuso, pero hay puntos claros: Pandora levantó la gran tapa de una jarra, caja o recipiente y se esparcieron los males; solo quedó “la Esperanza, en indestructible mansión, bajo los bordes de la jarra y no voló fuera: antes le puso Pandora la tapa, según los designios de [...] Zeus” (*Los Trabajos y los días*, 2).

El relato es algo enigmático: si Hesíodo es coherente, también la Esperanza sería un mal; y, si fue retenida en el recipiente, al menos este mal no se difundió por el mundo. En otros relatos, la jarra contenía los bienes; al abrirla Pandora, estos emi-

”

La tradición bíblica y eclesial nos llama a vivir la esperanza teologal, que no defrauda

de facultades (en especial, a medida que avanza la edad), de ilusiones e intereses, de personas a que estábamos unidos. Nos toca hacer duelos. Son, sobre todo las apuntadas al



graron a la mansión de los dioses, quedando solo la esperanza.

Esta es ese extraño bien que consiste en la conciencia de la ausencia de ciertos bienes, el deseo de poseerlos y el impulso por conseguirlos a través del propio esfuerzo o la disposición a acogerlos como presente que alguien nos ofrece. Decimos, en cierta sintonía con el mito de Pandora: "La esperanza es lo último que se pierde". La vivimos *gracias* a logros que se alcanzan y dones que se reciben y *a pesar* de golpes y fracasos sufridos. Según cierta tesis antropológica, la esperanza no defrauda, pues es autónoma respecto del curso que puedan tomar las cosas (B.-Ch. Han); sea lo que fuere de esta tesis, la tradición bíblica y eclesial nos llama a vivir la esperanza teologal, que no defrauda, por estar fundada

en la victoria de Cristo, en la gracia de su Presencia y en el don del amor (cf. Rom 5,5).

La gracia y los días. Vivimos entre sueños (ilusiones y expectativas), proyectos, tareas, goces, inquietudes, pruebas, pérdidas. Hay una nueva perspectiva: la de la gracia. Bajo ella, la vida no aparece solo como una serie de tareas del *homo faber* ni como una secuencia de experiencias gratificantes del *homo fruens*; ni solo como una sucesión o incluso maraña de preocupaciones, temores y miedos o un memorial de pérdidas y ausencias. En medio de esas alternancias del producir y consumir, del trabajo y el disfrute, en ese despertar de inquietudes y temores y esa visitación de penas se nos regalan la gracia de una Presencia y la efusión de un amor.

1. La gracia de una Presencia. El anunciado como “Dios-con-nosotros” (Mt 1,23) es el que promete: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). *Todos los días*, en la variedad de momentos que hilan cada jornada. Todos los días de este Año Jubilar. Esa Presencia es el fundamento de nuestra esperanza teologal para el tiempo presente, asumiendo el dinamismo humano de la esperanza.

”

Activamos la esperanza en la celebración diaria de la eucaristía

Es bueno recordarse esta promesa del Señor, para vivir bien y esperanzados cada faceta apuntada: soñar y plasmar los sueños en diseños concretos, emprender con perseverancia las tareas de cada día, disfrutar de las cosas y los encuentros, encarar las preocupaciones, sobre llevar las pruebas, aceptar las pérdidas con ánimo confiado: “Hay que tener confianza en Dios de tener esperanza en él [...]. Hay que dar a Dios ese crédito de tener esperanza en él” (Péguy).

2. La efusión del amor. “La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rom 5,5). Es un amor que podemos entender como subjetivo y objetivo, como descendente y ascendente (a modo de escala de Jacob); es un amor que sostiene esta frágil vida y la convoca a recibirse y a entregarse, a confiar y a laborar. Activamos la esperanza en la celebra-

ción diaria de la eucaristía, memorial de la Pascua del Señor, invocación de su venida a este tiempo y súplica de su venida gloriosa, alimento de vida eterna. En el padrenuestro que rezamos cada día pedimos el pan cotidiano. Y la compañía y el apoyo mutuo serán clima que favorece y fomenta una vida esperanzada.

Vivimos eclesial y socialmente en tiempos propicios para esperar contra toda esperanza (cf. Rom 4,18). Y sabemos bien que no hay que esperar a que se den *las supuestas condiciones* óptimas para dedicarnos a los empeños diarios, ni hay que dejar para otra ocasión los momentos festivos, ni hay que evadirse de las preocupaciones, ni hay que huir de los duelos. Se nos propone vivir el don y el afán del momento presente.

La preciosidad de cada día. Un texto de Karl Rahner

El lector puede volver sobre sí mismo y preguntarse sobre los puntos considerados: sintonía con el lenguaje de los sueños; expectativas para la vida personal y comunitaria; propuestas de acción; asuntos y situaciones de la vida personal, comunitaria, eclesial y social que preocupan; ánimo con que se viven las pérdidas y los duelos; talante más o menos esperanzado; grado de conciencia con que se vive la presencia del Señor (con uno mismo, con la comunidad, con la Iglesia) como peregrinación hacia él y como servicio a la misión.

Cerramos estos apuntes con el texto de una emisión radiofónica de Karl Rahner para el comienzo de una jornada.

“Al comenzar un nuevo día, el cristiano sabe que Dios se lo ha regalado. Es un don precioso. Sí, de un valor indecible, misterioso. Otros regalos pueden ser gran-



des. Pero difícilmente se hallará uno —fuera de Dios y de su amor— que no se pueda sustituir por otro igual de grande. Pero en el caso del tiempo, del momento, de la hora y del día no hay ningún espacio temporal sustituible por otro. Cada día es único e irremplazable.

Cada uno puede responder sólo por sí mismo; precisamente porque es fugaz y único. De suerte que este hecho extraño es verdad: el regalo más fugaz de Dios es, precisamente por ser tan fugaz, el más precioso, y por ser tan precioso, el regalo más vulnerable.

Vistas las cosas mundanamente, se podría aplazar para mañana lo que se debería hacer hoy; desde el punto de vista mítico, en el día de mañana podría haber espacio vacío para las cosas de hoy. Ante Dios las cosas son de otro modo: ahí el día de hoy ha de ser llenado con su contenido, porque el día de mañana tiene su propia tarea, que lo consume por entero.

Cada día es una oferta única, una oferta exigente: lo que puedes hacer hoy ante Dios en su

amor, no lo puedes aplazar para mañana. Pues entonces te pondrá una nueva tarea, como te regala un nuevo día.

La nueva tarea puede parecerse a la vieja como una gota de agua a otra gota de agua; sin embargo, es enteramente nueva, enteramente distinta, lo mismo que el hoy único y el mañana único son distintos, como ningún día regresa ni se repite en el siguiente, sino que se regala una vez para no volver más. Esta inexorable unicidad no es sólo el dolor del tiempo, sino también su nobleza y un reflejo de la divina y única eternidad.

Demos, pues, hoy a este día único su contenido divino: amor, paz, paciencia, fidelidad, coraje y alegre confianza. Si sucede esto, el día de hoy será un día lleno, un día verdaderamente único e irremplazable. Y el regalo fugaz de un tiempo interiorizado madura un fruto de eternidad¹. **VI**

1 K. RAHNER, *Sehnsucht nach dem geheimnisvollen Gott. Profil Bilder Texte* (Friburgo, 1989) 89-90.

HABLANDO EN DIALECTO



Comprender lo incomprensible

Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS (MADRID, ESPAÑA)

Leo Lucas 6 tratando de actualizarlo pero, por más que me esfuerzo —frío, frío...— no consigo imaginarme a nadie ofreciendo la mejilla para que le den otro bofetón, corriendo detrás del ladrón que le ha robado el ordenador para darle también la cartera, ni prorrogando el contrato de alquiler al inquilino que le ha destrozado el piso.

Me estaba preguntaba dónde tendría Jesús la cabeza el día que se le ocurrió proponer semejantes desvaríos cuando, por fortuna y probablemente por intercesión de san Lucas, me imaginé esta escena que me ha puesto en camino de entender algo:

Estamos en casa de una chica que va a casarse esa mañana y un par de amigas le ayudan a vestirse; hay un ambiente festivo y la novia está feliz, emocionada y enamoradísima. Suena el timbre y abre ella. Es la vecina de abajo, furibunda porque le ha caído agua al mantel que había tendido. La reacción de la novia es inmediata: “¡Tranquila, Puri, no te preocupes! ¿No sabías que hoy es mi boda? ¡No es día para pequeñeces, te regalo encantada un mantel nuevo! Pasa a brindar con nosotros, que vamos a abrir una botella de cava...!”.

Ahora sí, —caliente, caliente— se entiende que alguien reaccione de una manera que parece desmesurada e incomprensible: a quien está bajo el impacto de un intenso apasionamiento, le traen sin cuidado los pequeños fastidios. A quien vive “en ascuas”, las minucias inoportunas se le derriten como cera. A quien ha probado el vino de Caná, que no le molesten con quejas sobre el agua de las tinajas.

A todos, en algún momento de nuestra vida, nos ha pasado algo así —a ver por qué si no la locura de “meternos en un convento”.... El asunto está en cómo re-conectar con ese impacto, cómo devolverle su poder de “incautarse” de nuestra vida, invadirla, desbordarla y volverla del revés.

Jeremías hace su propuesta poniéndola en boca de Dios: “De ti recuerdo tu amor de juventud, tu cariño de novia, cuando me seguías por el desierto, por una tierra baldía...” (Jr 2,2). Y por si lo preferimos con banda sonora, ahí está la canción de Ixcis: “Vengo a orar, Señor, a la fuente del primer amor...”.

RETIRO MENSUAL



9

**«APRENDER A VIVIR
PARA APRENDER A MORIR»**

M. Elena Díaz Muriel, ss.cc

1. Hablar de la muerte sin miedo... empezando por el miedo

Comenzar un retiro sobre la muerte no es fácil. El solo hecho de leer esta palabra puede producir rechazo y cierta “prisa por acabar”, como si quisieramos pasar rápido de página. Sin embargo la Iglesia, al proponernos en el mes de noviembre el recuerdo agradecido de quienes nos han precedido, nos invita a mirar este misterio de frente, sin disfrazarlo ni negarlo. Se le atribuye a san Juan Crisóstomo una frase que lo expresa con lucidez: “*El que teme a la muerte nunca se libra de la angustia; pero quien espera en la resurrección ya ha vencido a la muerte*”.

Quizás uno de los mayores miedos de nuestra cultura es reconocer la fragilidad de la vida. Vivimos rodeados de estímulos, ocupaciones y urgencias que nos hacen olvidar que somos mortales. Y, sin embargo, ahí está: la certeza de que un día todo lo que conocemos cambiará radicalmente.



El miedo que nos puede invadir al pensar la muerte no es solo a “dejar de existir”, sino al territorio desconocido: perder el control, no poder pensar el “después”

(pues no somos capaces de concebir una forma de existencia fuera de las categorías espacio-temporales), esperar un “para siempre” que puede ahogar más que estimular (pues no terminamos de entender qué significa eso de una existencia eterna)...

Estamos por tanto ante una de las grandes preguntas del ser humano para la que no tenemos respuestas, lo que nos coloca al borde de un precipicio y sin paracaídas.

¡Cómo no tener miedo!

A veces este temor se hace especialmente hondo en situaciones límite: una enfermedad seria, la perdida de alguien amado, una noche de insomnio en la que, en el silencio y la oscuridad de nuestra habitación, palpamos la fragilidad de lo que somos y nos invade la angustia ante lo inevitable... Entonces intuimos que, por más que planifiquemos, llegará un momento en que todo lo que hoy nos sostiene (proyectos, seguridades, incluso relaciones) desaparecerá, y... ¿qué nos queda? La pregunta no busca asustar, sino despejar el terreno para lo esencial: ¿en quién confío cuando ya no me sostengo a mí mismo?

Este miedo no tiene que ver con una fe débil, sino con una experiencia profundamente humana, necesaria para abrir la puerta a algo más. Jesús mismo, en Getsemaní, se estremeció ante la cercanía de su muerte: “*Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú*” (Mt 26,39). Reconocer el miedo no es rendirse; es más, reconocerlo es el paso previo para poder acogerlo y atravesarlo. La cuestión no es si tenemos miedo, sino qué hacemos con él: ¿nos paraliza o nos vuelve más conscientes, entregados y verdaderos?

En este contexto, la propuesta de estas páginas es atrevernos a pensar juntos la muerte no como la enemiga que arranca el sentido, sino como el umbral donde la confianza se vuelve entrega y la vida se cumple en manos de Dios. Tagore lo expresó con mucha belleza en una frase que dota de significado este paso necesario: “*La muerte no es apagar la luz; es apagar la lámpara porque ha amanecido*”.

Aquí empezamos el retiro. ¿Te animas a dar el salto?

2. La muerte de Cristo: el “sí” a la vida, para la vida del mundo

Después de nombrar el vértigo que nos provoca la muerte, es posible que sintamos que lo único cabal que podemos hacer es guardar silencio ante una realidad que no tiene respuestas fáciles. Y es verdad; más que discursos bonitos o frases de consuelo, el único agarradero que nos da la fe al situarnos al borde de este precipicio es mirar a Jesús: ¿cómo vivió Él su propia muerte?

En Jesús no encontramos un héroe que minimiza el sufrimiento ni alguien que se refugia en frases fáciles para disimular el dolor. Lo que vemos es otra cosa: alguien que entra de lleno en la experiencia humana de morir y que, precisamente en ese abismo, revela una posibilidad nueva.

Jesús vivió su vida integrando desde el principio la posibilidad de la muerte, y lo pudo hacer porque había descubierto con claridad el sentido de su existencia: su vocación de Hijo y su misión de abrir espacios de Reino donde todos pudiéramos entrar bajo la soberanía de Dios. Quizás la primera pregunta que podemos orar tiene que ver con esto, con cuál es mi vocación, el sentido de mi vida (que no tiene que ver con tareas concretas, sino con un modo de estar en el mundo). En el caso de Jesús, su vocación estaba marcada por su ser Hijo y su llamada a desplegar la estructura del Reino. ¿Cuál es tu *porqué*, ese que te haría capaz de consentir incluso a la muerte?

Jesús abría caminos de plenitud, y esos espacios de vida nueva son



lo que llamamos reino de Dios. Lo vemos cuando se acercaba a los enfermos y los curaba, cuando devolvía la dignidad a los excluidos, cuando sentaba a todos a la misma mesa sin preguntar procedencia ni méritos... En cada ocasión donde Él reinserta a los descartados bajo “el paraguas del Reino”, está asumiendo y atravesando la “estructura para la muerte” que había sometido a la sociedad judía y restaurando la vida tal y como Dios la concibió, antes de pecado alguno.

A cada gesto de Jesús, se iba abriendo una rendija para que la vida abundante de Dios se hiciera presente. Por eso la cruz no fue sino la consecuencia coherente de una vida entregada; dadas las opciones que había tomado durante todo su ministerio, no habría sido lógico intentar escapar o evitar la muerte. La consecuencia coherente pasó por atravesar aquello que creemos que tiene la última palabra (la muerte), para mostrar que el Reino se sostiene incluso más allá de ella. Porque es Cristo quien lo sostiene, y si Él vive, el Reino, nuestro lugar para ser “en plenitud”, también vive.

“

El amor de Dios no se quiebra ni ante la muerte

Ese fue su testimonio más radical: que no hay nada que pueda acabar con el proyecto de amor de Dios, ni siquiera “el último enemigo de todos”. Por eso, para los cristianos, en la cruz “está dicho todo”. Allí vemos

cómo Jesús carga con la muerte y el pecado, y los atraviesa con una palabra de fe y entrega. Esa palabra recibe como respuesta una palabra mayor del Padre: la resurrección. Así descubrimos que Dios no condena, sino que salva; que su amor no se quiebra ni ante la muerte.

Aquí se abre una luz para nosotros, porque contemplada en Cristo, la muerte deja de ser solo el “fin inevitable” y se convierte en el lugar donde nuestra vida puede llegar a ser plenamente lo que está llamada a ser: un don. En Jesús descubrimos que morir no es simplemente “acabar”, sino “consumar”. Que el morir cristiano no es resignación, sino confianza; no es vacío, sino plenitud en Dios.

Una religiosa ya mayor contaba que, en sus últimos años, no tenía fuerzas para muchas cosas. Apenas podía caminar, la memoria le fallaba y necesitaba ayuda para casi todo. Un día, cuando alguien le preguntó si no le daba miedo pensar que la muerte estaba cerca, respondió con calma: *“No. Porque llevo toda la vida ensayando. Cada vez que dejé algo por otro, cada vez que renuncié a mi comodidad, cada vez que entregué mi tiempo o mi energía... estaba practicando para este momento. Morir no será algo nuevo. Solo será la entrega final en manos de Aquel en quien siempre he confiado”*.

Ese testimonio resume bien lo que significa mirar la muerte desde Cristo: no como un corte brusco, sino como la culminación de una vida que se ha ido ofreciendo poco a poco. Prepararnos para la muerte no consiste en vivir obsesionados con ella, sino en aprender a entregar cada día nuestra vida de manera auténtica, sabiendo que *“en la vida y en la muerte somos del Señor”* (Rom 14,8).

- ¿Cómo me posiciono ante este tema de afrontar la muerte? ¿Es algo que suelo pensar, o prefiero no darle mucho espacio en mi vida?
- ¿Qué luces recibo al ahondar en la manera de Jesús de concebir su propia muerte?
- ¿Qué significa para mí la palabra “plenitud” a la luz de la cruz y la resurrección?

3. Las muertes cotidianas: escuela de confianza y semilla de vida

a) ¿Se puede aprender a morir?

Cuando hablamos de la muerte solemos pensar solo en el final biológico de nuestra vida. Pero, en realidad, cada día nos vamos ejercitando en pequeñas muertes que nos preparan para ese momento.

Muertes cotidianas son las renuncias, los cambios que no elegimos, las pérdidas que nos toca asumir... pero también los momentos en que dejamos de ser el centro para que otro ocupe su lugar; los días en que soltamos proyectos, relaciones o seguridades que no podemos retener; las ocasiones en que aceptamos que no tenemos todas las respuestas ni el control de lo que nos rodea... incluso, yendo un poco más allá, sabemos que todos, con el paso del tiempo, experimentamos poco a poco la muerte del propio cuerpo en el pro-

“

**Prepararnos para la muerte
consiste en aprender a entregar
cada día nuestra vida**

ceso de envejecimiento: que ya no tenemos la misma energía de antes, que nos cansamos más rápido, que la memoria falla o que el cuerpo no responde como quisiéramos... todo eso forma parte del “proceso de morir” que marca nuestra vida. Asumirlo no es fácil, pues la sociedad valora la juventud, la fuerza y la productividad, y todo lo que huele a fragilidad parece no tener cabida. Sin embargo, también ahí puede estar escondida la gracia, porque cada vez que aceptamos con serenidad que no podemos con todo, que necesitamos ayuda, que somos limitados, estamos aprendiendo a soltar el control y a confiar más profundamente en Dios y en los demás.

Podemos vivir estas muertes como un peso que nos amarga, o como una escuela que nos entrena para lo esencial: recuperar la confianza filial, que dice la teología, palabras que a mí últimamente me suenan a vivir el presente con la alegría y la seguridad de mi sobrina de diez meses, que se sabe sostenida y cuidada por sus padres hasta las últimas consecuencias (quizás por eso aquello de “hay que hacerse como niños”).

Para entender la repercusión que esto de “aprender a morir” tiene en nuestra vida, te propongo este sencillo ejercicio: haz memoria de una “pequeña muerte” que hayas vivido recientemente y, cuando lo tengas, pregúntate: ¿qué sentí al vivirlo?, ¿cómo reaccioné?, ¿desde dónde lo afronté? (desde el miedo, la queja, la huida, la confianza, la resignación...).

Ahora mira si esa experiencia, con el paso del tiempo, te ha enseñado algo nuevo de ti, de los demás o de Dios. Deja escrito en uno o varios papelitos el nombre de esas pequeñas muertes y no los pierdas de vista mientras damos un paso más.

b) Aprender a morir, para poner el foco en la vida

Una pequeña historia. En el mes de agosto tuve la suerte de disfrutar de la belleza y la paz del entorno de Loyola. Si habéis estado allí no hace falta que refiera la singularidad de aquel paraje y si no habéis estado... no hay palabras que le hagan justicia como para intentarlo.



Un día, en uno de mis paseos, me topé con un manzano que me llamó la atención. Era la viva imagen de la expresión “me ha partido un rayo” porque justamente así estaba, partido en dos casi por completo. Lo que me ancló a aquel lugar, es que aquel manzano... seguía dando vida! A pesar de tener en sí todas las condiciones para haberse “echado a perder”, seguía, aún torcido, medio quemado y abierto en canal, con sus ramas verdes y... imanzanas! Sí, este árbol seguía dando fruto.

No hace falta decir que la contemplación de aquella mañana la hice ante aquel manzano, que no era el más bonito del prado, ni el que estaba más erguido o tenía más cantidad de fruto. Allí fue cuando empecé a pensar en este retiro, y en las posibilidades de vida que toda muerte guarda en sí, si nos decidimos a creer, a veces contra toda esperanza, que no está todo dicho ni sobre nosotros, ni sobre la vida del mundo.

“

La cruz no es el final, es el lugar donde nace la vida abundante para todos

La muerte, toda muerte, engendra vida. Lo vemos en la naturaleza, en nuestro manzano y en toda semilla que se rompe para que brote la vida, y lo vemos en la propia pascua de Jesús, donde la cruz no es final sin más, sino el lugar donde nace la vida abundante para todos.

De la misma forma, nuestras muertes cotidianas también pueden ser generativas. Cuando dejamos un rol o un servicio que nos definía, puede abrirse espacio para que otros crezcan y tomen el relevo, (y para que nosotros descubramos quiénes somos más allá de los cargos o las funciones asignadas). Cuando aceptamos la limitación del cuerpo, se despierta la oportunidad de reconocer el valor de la ternura, la paciencia y el cuidado de otros y así vamos aprendiendo a querernos en nuestra fragilidad. Incluso podemos experimentar que hay vida cuando hemos tenido que renunciar a algo que no ha podido ser (también un proyecto vocacional), porque entonces se abre un horizonte que no habíamos pensado como posible, donde la historia de salvación de Dios con nosotros sigue escribiéndose.

La clave está en fijar la mirada no en lo que perdemos, sino en lo que puede nacer a partir de ello. No se trata de idealizar las renuncias ni de romantizar el dolor: cada muerte duele, y no hay que negarlo, especialmente aquellas que llegan cuando “no es tiempo”. Pero si nos quedamos solo en la herida, dejamos,

en lenguaje ignaciano, que gane “el mal espíritu”. Vivida con confianza, esa misma herida se convierte en umbral, lugar de paso, donde surge algo nuevo.

Ya hemos escuchado al maestro Tagore: “La muerte no es apagar la luz; es apagar la lámpara porque ha amanecido”. Quizás no se trata de estar pendientes de si la lámpara se apaga o no, sino de levantar la mirada y descubrir que hay una luz más grande que nos envuelve, y que nuestra pequeña lámpara ha cumplido su tarea cuando amanece.

¿Recuerdas los papelitos con las pequeñas muertes que hemos escrito hace un momento? Pues vamos a dar un paso más: por la parte de atrás de cada muerte cotidiana, te invito a que escribas qué brotó de ahí, qué nueva vida se abrió o qué espacio nuevo se creó para ti o para otros.

Al terminar, y como gesto comunitario, podéis colocar esas tarjetas en un pequeño “cofre de vida”, un lugar simbólico donde se depositen todas las pérdidas que han sido fecundas. Podéis dedicar un tiempo a dar gracias por la vida que brota al consentir y atravesar la muerte. Una canción preciosa que puede acompañar este momento es “La herida”, de Cristobal Fones.

4. Aprender a vivir como resucitados

Si nos tomamos en serio todo lo dicho hasta ahora, se hace evidente que esto de morir no se improvisa, y que tenemos una responsabilidad ineludible que tiene mucho que ver en el cómo vivimos cada día, da igual la edad que tengamos.

Sin ánimo de dar recetas mágicas, intuyo que la respuesta a este cómo pasa por reorientar el corazón y la mirada desde la clave de la es-

peranza, entendiendo bien qué significa esto, pues nada tiene que ver con la ingenuidad del “todo va a ir bien”, sino que se trata de vivir desde la certeza de que la resurrección ya ha empezado, que la vida de Dios atraviesa nuestra historia, aunque no siempre la veamos. Es una confianza activa que cambia nuestra manera de mirar el presente. León XIV se lo recordó a los jóvenes en la celebración del Jubileo en Roma el pasado agosto: *“Dejen espacio a la esperanza, porque Dios lleva a término lo que comienza”*.

¿Y cómo es esa manera distinta de vivir? Me atrevo a compartir algunas claves que creo importantes:

- *Mirar lo pequeño.* La resurrección no siempre irrumpre en grandes acontecimientos, muchas veces se manifiesta en lo cotidiano. Vivir en esperanza es ejercitarnos en percibir esos signos discretos de vida nueva que Dios siembra cada día. ¿Un consejo? Dejar de mirar lo que “todavía no” y empezar a vivir agradeciendo los “ya sí” que tengo alrededor.

- *Vivir en compañía.* La esperanza se alimenta en comunidad. Cuando el ánimo decae o la fe se nos apaga, necesitamos que otros nos sostengan y nos alumbrén en el camino. Vivir con esperanza es hacer experiencia de que nadie se salva solo.

- *Caminar abiertos al futuro.* La resurrección nos asegura que caminamos hacia la plenitud, que está escrita por la Vida, no por la muerte; por eso vivir en esperanza es atrevernos a dar pasos aunque no tengamos todo bajo control, confiar en que Dios sigue escribiendo nuestra historia, incluso cuando

los planes cambian o no vemos el horizonte claro.

- *Elegir cada día la vida.* La esperanza no se guarda para “el más allá”, sino que se concreta en decisiones de hoy: elegir el perdón frente al rencor, la reconciliación frente al cierre, la solidaridad frente al egoísmo. Cada una de esas elecciones anticipa ya la resurrección en nuestra vida (y un breve recordatorio... elegir es un acto de la voluntad, al que a veces hay que forzarse).

Aunque esta sea tarea de toda una vida, tenemos testigos que nos han precedido en el camino y nos cuentan que esto es posible. Me gustaría terminar este apartado, dejando hablar a Thomas Merton, que un día y a una hora muy concretas, descubrió que, cuando consientes a que la vida de Dios lo atravesé todo, tu manera de mirar el mundo cambia y empiezas a hacerlo, parafraseando a Tagore, “como quien ya ha visto amanecer”.

18 de marzo de 1958

“En Louisville, en la esquina entre la cuarta Avenida y la Walnut, en medio de un centro comercial, de repente me vi sobrecogido al comprender que amaba a todas aquellas personas, que yo era suyo y ellos míos, que no podíamos sernos extraños mutuamente, aunque fuéramos completamente desconocidos. [...]”

Siento la inmensa alegría de ser hombre, miembro de la raza en la que Dios quiso encarnarse. ¡Como si los quebrantos y estupideces de la condición humana pudieran abrumarme, ahora que me doy cuenta de lo que somos todos! ¡Si todo el mundo pudiera comprenderlo! Pero es algo que no se puede explicar. No hay forma de explicar a la gente que

mientras van por la vida, están brillando como el sol. [...]

Es como si, de pronto, me hubiera percatado de la secreta belleza y la profundidad de sus corazones, adonde ni el pecado ni el deseo ni el autoconocimiento pueden llegar: el corazón mismo de su realidad, la persona que cada cual es a los ojos de Dios. ¡Si pudieran verse a sí mismos tal como son! ¡Si pudiéramos vernos siempre así los unos a los otros! No habría entonces más guerra, ni más odio, ni más crueldad, ni más codicia. Supongo que el gran problema entonces sería que nos postraríamos para adorarnos unos a otros. Pero todo eso no se puede ver, sino solo creer y ‘comprender’ gracias a un don muy particular¹.

Esta mirada transformada es el fruto de la resurrección en nosotros. Pidamos ese aprender a vivir como resucitados, con la certeza de que, incluso en medio de la fragilidad, Dios ya ha hecho amanecer en Él nuestra vida.

5. Todo es gracia: volver a la vida con confianza

Hemos recorrido juntos un camino delicado y profundo: atrevernos a mirar de frente la muerte y nuestros miedos, descubrir en Cristo la plenitud que atraviesa la cruz, reconocer las pequeñas muertes cotidianas como escuela de vida y abrirnos a vivir en esperanza.

”

**Necesitamos paciencia
con nosotros mismos
y con el proceso**

Quizás te quede la sensación de que todo esto es una tarea demasiado grande y que no siempre puedes aplicarlo en lo concreto de cada día, y es verdad: ninguno de nosotros puede por sí mismo, pero la buena noticia es que no estamos solos.

La vida resucitada se ejercita, pero no se conquista; más bien se recibe, pues es la vida de Dios que se nos ofrece para habitar nuestras fragilidades, para sostenernos cuando el miedo aprieta y para encender en nosotros la certeza de que la última palabra la tiene el Amor. Pero conviene recordar que este aprender a morir no se consigue en un día ni en un retiro. Es una escuela de toda la vida. Habrá pasos adelante y pasos atrás, momentos de confianza y momentos de miedo. Por eso necesitamos paciencia con nosotros mismos y con el proceso, confiando en que Dios hace su obra en nosotros a su ritmo.

Para terminar, creo que la mejor manera de cerrar estas líneas es dando gracias; por quienes nos precedieron y ya viven en la plenitud de Dios, por nuestras propias muertes cotidianas, que nos van haciendo más humanos, por la esperanza que se nos regala como certeza y camino... y por saberlos entre los brazos de un Dios que un día nos hará comprender, del todo y para siempre, que el miedo venía de mirar la sombra, y que solo la luz del Amor, ese que ya rozamos en pequeños amaneceres cotidianos, es lo que permanece. **VF**

1 *Conjeturas de un espectador culpable*, Sal Terrae 2011, pp. 190-192.

ALGO ESTÁ BROTANDO



«Vamos a un lugar apartado a descansar» (Mc 6,31)

Miguel Márquez Calle

PREPÓSITO GENERAL DE LOS CARMELITAS DESCALZOS (ROMA)

Son esos momentos del Evangelio llenos de humanidad y de guiños cotidianos de “normalidad” que señalan dinámicas más que necesarias.

Hace pocos días, los consejeros y yo (somos nueve en total, de ocho nacionalidades distintas) nos fuimos a la montaña no para tratar problemas, sino para hablar de temas que nos parecen claves, más allá de las urgencias inmediatas.

Hace un año, también, a la mitad del sexenio de nuestro servicio como Consejo General, nos fuimos a otra montaña cerca de Roma, para hablar de nosotros mismos. Consistió en que cada uno expresara su don, sus fallos, sus desafíos. Uno por uno, los demás hermanos consejeros compartían la visión que tenían de quien hablaba, lo que percibían en él como gracia, como cosas a mejorar, retos.

Fueron tres días a corazón abierto. No sin temor y temblor. Terapia espiritual honda, con respeto, que nos dejó una sensación rica de aire fresco por dentro.

Esta vez se trataba también de tres días sin agobios ni prisas, y escogimos cuatro temas que nos preocupan, a los que queremos dedicar oración, silencio, corazón, compartir y humilde súplica de luz:

El realismo y el autoengaño. Una sensación creciente, en estos tiempos, de falta de realidad. Como si

orar mucho y ser espirituales, o ser muy ilustrados, no conllevara con frecuencia una sana capacidad de acoger y reconocer la realidad.

El decrecimiento y la fragilidad. ¿Cómo vivir esta situación (más europea respecto al decrecimiento y global respecto a la fragilidad y provisionalidad) de pequeñez de manera positiva?

Discernir nuestra misión. ¿En qué nos va la vida ahora? No se trata de las líneas eternamente repetidas del carisma. Se trata de otra cosa más importante que la Regla de vida y las Constituciones: la gracia, la frescura y la calidad con que vivimos este momento.

Y, ¿qué hay de nuestra *oración-amistad*? ¿De nuestra *experiencia de Dios*? ¿Cómo ser mistagogos con la vida, sin tantas palabras, irradiando lo que arde dentro? ¿Cómo volver a enamorarnos y apasionarnos por Jesús?

Hemos hablado sin mucho pudor de nuestra experiencia de Dios... en primera persona.

Diálogos en la montaña, sin prisa, sin resolver nada, solo ahondando, dejándonos interpelar por lo que resuena dentro de cada uno. Diciéndonos, escuchándonos. Orando.

Por si os sirve...

ENTREVISTA



Cinta Bayo:

«La vida religiosa sigue mirando la realidad desde lo que fue»

La superiora general de las Esclavas del Divino Corazón es, desde hace unos meses, la nueva vicepresidenta de la CONFER, atalaya privilegiada desde la cual, si miramos despacio, se divisan brotes de vida, signos que anuncian que Dios sigue haciendo todas las cosas nuevas. «La vida religiosa no debería preguntarse solo por lo que le está pasando, sino qué nos está diciendo el Espíritu a través de todo esto».

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROVINCIA CLARETIANA DE SANTIAGO

Fue elegida vicepresidenta de la CONFER en la 31^a asamblea general. Desde lo trabajado en aquellos días, ¿qué nuevos aspectos ha notado que no le deberían pasar desapercibidos a la vida religiosa en España?

Diría que hay algo que no deja de crecer en mí, la certeza de que estamos viviendo un tiempo de gestación. La vida consagrada no está en declive; estamos dando a luz algo nuevo, nos estamos transformando. Y eso cambia radicalmente la mirada.

A veces nos fijamos solo en lo que se acaba —las casas que se cierran, las vocaciones que faltan—, pero si miramos despacio descubrimos brotes de vida. Creo que ese es el signo de este tiempo: Dios sigue haciendo cosas nuevas, aunque no siempre en los lugares ni de la manera que conocíamos.

Otra cosa que me parece fundamental es cuidar el modo de mirar la realidad. Estamos llamados a pasar de una mirada de preocupación a una mirada de discernimiento. Es decir, no preguntar solo por lo que nos está pasando, sino qué nos está diciendo el Espíritu a través de todo esto. Cuando una se pone esas gafas, se da cuenta de las ventanas que se abren que nos llevan a lugares que huelen a Evangelio.

En este sentido, la sinodalidad, ese modo de ser y de hacer Iglesia, constituye hoy un horizonte de transformación. Creo que este camino sinodal está puede renovar profundamente la vida consagrada.

Otra ventana que se abre tiene que ver con la vulnerabilidad que vivimos. Todos estamos experimentando la fragilidad, pero también el deseo y la llamada a abandonar modos que fueron absolutos, que nos colocaban en la suficiencia. Hoy vamos entendiendo que nuestro lugar

es la humildad. En la medida en que nos sentimos más frágiles y necesitados se ensancha la capacidad de ser con otros.

Por último, noto un movimiento interior en muchas personas consagradas hacia una espiritualidad más encarnada. Más centrada en la relación, en la escucha, en la cercanía. Si la vida religiosa quiere seguir siendo significativa, tiene que cultivar ese modo de estar.

Parece que uno de los retos internos más inmediatos que tiene la vida consagrada se concentra en ‘lo inter’: intercongregacionalidad, y el desafío que trae consigo la creación de espacios de colaboración entre diversos institutos; y, por otro lado, mirando más de cerca a nuestras comunidades, la intergeneracionalidad e interculturalidad. Frente a estas realidades, ¿cómo fomentar desde la CONFER proyectos comunes de misión?

CONFER lleva en su ADN ‘lo inter’, porque es en sí misma lugar de encuentro. Las últimas Asambleas nos han propuesto caminar más unidos, buscando favorecer nuevas dinámicas de funcionamiento. En ese horizonte, la Asamblea es un espacio privilegiado para fortalecer este modo de ser con otros.

Una forma muy concreta de acompañar este tiempo es seguir creando espacios. Necesitamos mesas redondas donde podamos mirarnos, hablarnos de verdad, escucharnos sin miedo. Propiciar estos espacios de comunicación y de escucha es clave para generar proyectos comunes y fortalecer la red que nos une. Ahí se teje ‘lo inter’.

CONFER aquí tiene un papel muy valioso, el de seguir siendo ese lugar donde convergen las búsquedas, actuando también como mediadora

entre congregaciones, facilitando el diálogo y la cooperación interinstitucional.

Al final, el camino es claro: juntos llegamos donde solos no podemos.

A lo largo de estos últimos años la vida religiosa en España ha avanzado considerablemente en lo que llamamos misión compartida, pero pese al buen trabajo que se ha venido realizando hombro a hombro con los laicos aún flota en ciertos ambientes el interrogante de si no estaremos haciendo de la necesidad, virtud ¿Tiene usted esa sensación? ¿Son acaso los consagrados en cierta medida desconfiados con lo que no es suyo?

Es cierto que, en un inicio, la misión compartida comenzó desde la necesidad, pero con el tiempo esa colaboración se ha ido transformando. Hoy día tenemos claro que laicos y religiosos son vocaciones llamadas a vivirse en igualdad, y que no se trata solo de sumar manos, sino de reconocernos parte de un mismo cuerpo, puestos al servicio de la misma Misión.

En algunos ambientes se puede percibir cierta desconfianza. El camino sinodal que comentábamos —y que ya no tiene vuelta atrás— ha puesto de manifiesto que todavía cargamos con inercias del pasado: estructuras poco participativas, cierta autodefensa institucional o una cultura de poder que nos cuesta soltar.

Desde la CONFER llevamos más de diez años haciendo visible la vocación del laico, su lugar en la misión. Esto nos ha ayudado a ampliar la mirada y a descubrir que compartir la misión no es perder identidad, sino ensancharla, hacerla más evangélica. Nos empobrecemos si pensamos que la identidad carismática



se reduce solo a la vida religiosa. La clave está en la confianza y en el deseo sincero de caminar juntos desde la diversidad de dones.

Somos conscientes de la debilidad en la que nos encontramos ante la falta de renovación y de vocaciones, y en algunas comunidades las conversaciones entre hermanos giran hacia cierta incertidumbre institucional ¿Qué les diría usted como vicepresidenta de la CONFER? No podemos negar el momento de incertidumbre y fragilidad que vivimos. Pero, como decía al principio, no estamos en un tiempo de declive, sino de gestación. Lo que nos pasa es que seguimos mirando la realidad desde lo que conocíamos, desde lo que fue, y todavía no alcanzamos a ver del todo lo que está naciendo. Y lo que viene, claramente, será diferente.

No sabemos aún del todo qué es ni cómo hacerlo, pero sí sabemos que estamos llamados a una transformación profunda. Lo importante no es mirarnos a nosotros mismos y

nuestra fragilidad, sino mantener el centro en el mundo y sus necesidades, en lo que el Espíritu sigue suscitando en medio de tanta vulnerabilidad. Cuidar la libertad interior para escuchar lo que clama, y la creatividad para ofrecer respuestas nuevas.

Para reflejar lo que estamos viendo a mí me gusta el término ‘minoridad’. Porque la minoridad no es carencia, es camino. Nos abre a la disponibilidad, a la confianza, a una libertad mayor y al encuentro genuino con Dios y con los demás. La vida religiosa está llamada a dejar atrás cualquier pretensión de poder o relevancia que tuvo en otros tiempos para ser levadura en la masa. El camino es creer en la fuerza de lo pequeño.

Enlazando con esta cuestión, por otra parte, estamos asistiendo a un florecimiento de las familias carismáticas en nuestros días ¿Qué papel considera que han de jugar las órdenes y congregaciones en este nuevo horizonte?

Muchos estamos haciendo ya un camino muy significativo y que conecta con lo que comentábamos antes. La realidad nos está invitando a entendernos de otro modo, tanto dentro

de la Iglesia como dentro de nuestras propias familias religiosas. Estamos llamados a dejar que el Espíritu nos conduzca más allá de nuestras estructuras, hacia formas nuevas de vivir el carisma. Hoy ya no se trata de que la congregación esté en el centro, sino de que el carisma esté en el centro, y de que religiosos y laicos nos situemos alrededor de ese don que se nos ha regalado a todos. Este cambio de perspectiva nos invita a vivir el carisma en comunidad ampliada donde todos portamos un mismo espíritu en contextos diversos, con lenguajes nuevos y modos distintos, pero con la misma raíz. Así, el carisma se vuelve algo vivo, dinámico, que se expande y se actualiza.

CONFER está desempeñando un papel muy relevante en este proceso. Está aportando una reflexión teológica y eclesiológica que ayuda a situar estos caminos en una perspectiva profunda y sostenida; ofrece un marco de comprensión sobre lo que significa la vida consagrada hoy. Además, CONFER no solo orienta y reflexiona, sino que hace posible que los sueños y los carismas se transformen en acción concreta.



A los gobiernos de los institutos les preocupa mucho el cuidado de nuestros religiosos mayores ¿Cómo acompañará la CONFER esta cuestión?

En las últimas Asambleas el cuidado de nuestros religiosos mayores ha surgido con fuerza como un tema urgente. Todos sentimos esa responsabilidad. Se ha expresado la necesidad de coordinar proyectos de acompañamiento y atención a nuestros mayores, de buscar los modos concretos en los que podamos ayudarnos unos a otros. Especialmente, las congregaciones más pequeñas necesitan del apoyo y la colaboración de las más grandes.

Se pidió a la CONFER que ayude a dar respuesta, y ahí vuelve a aparecer un camino muy claro de intercongregacionalidad y solidaridad. Ya en algún momento se nos preguntó quiénes contábamos con espacios y cómo podíamos unir fuerzas.

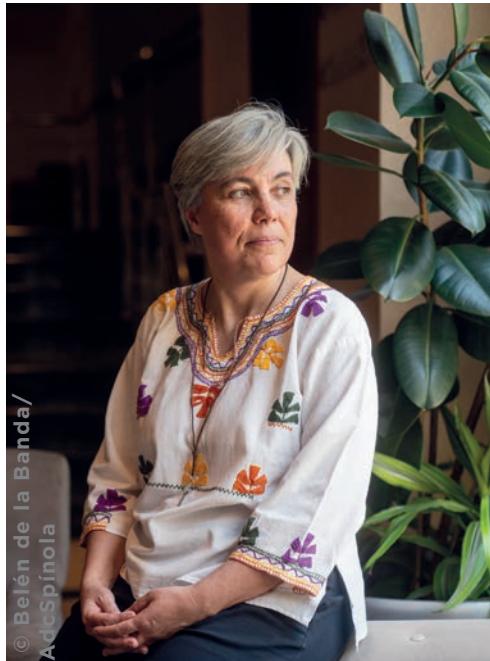
La CONFER, en este sentido, puede ser un punto de encuentro y acompañamiento, ofreciendo marcos de coordinación, facilitando espacios para compartir buenas prácticas y generando redes de apoyo entre congregaciones. Apostamos por la experiencia que ya tienen algunas instituciones de compartir espacios de atención y cuidado, respetando los carismas propios, pero uniendo fuerzas en servicios comunes.

Un tema que interpela fuertemente a los institutos de consagrados en España es el de la vulnerabilidad, donde ha cobrado especial intensidad la realidad de la migración. Pocas voces han sido tan críticas como la de las últimas campañas que ha apoyado la CONFER ¿Qué línea se ha marcado la conferencia de religiosos para estos próximos años?



También en la última Asamblea, el grito de la migración resonó con fuerza en la sala. Miles de consagrados ya acompañan a hermanas y hermanos que salen de sus países en busca de la dignidad a la que toda persona tiene derecho. Durante estos próximos años, la CONFER quiere acompañar, sostener y estar disponible para quienes atienden a los migrantes. Al mismo tiempo, nuestra institución se caracteriza por levantar una voz autorizada para denunciar injusticias y proponer caminos que permitan acoger, proteger, promover e integrar.

La CONFER seguirá reclamando, junto con otras instituciones de Iglesia, la regularización extraordinaria como complemento imprescindible al Reglamento de Extranjería, para ofrecer una respuesta a quienes no pueden acogerse a las vías ordinarias. Se trata de justicia y de reconocer la realidad de cientos de personas que ya forman parte de nuestra sociedad. Para ello, la CONFER pide



a los partidos políticos actuar con consenso, evitando discursos de odio o polarización, y sin instrumentalizar a personas vulnerables, tal como mostró con la aprobación de la tramitación de la iniciativa por amplia mayoría.

¿Y en pastoral? ¿Cómo transitar las fronteras entre la Iglesia y el mundo secularizado?

Hay tres palabras esenciales en el modo en que la Iglesia entiende la evangelización y que la CONFER pone en el centro: primer anuncio, proceso y acompañamiento. Desde ahí, las instituciones de vida consagrada queremos ayudar a la persona del siglo XXI a encontrar sentido a su vida, uno de los desafíos más importantes de Europa en este momento.

Palpamos la sed de Dios en los jóvenes, aunque muchas veces no se exprese de manera explícita. Y queremos ir más allá de la emoción superficial que caracteriza la sociedad de la posverdad. Provocamos pro-

cesos y los acompañamos para que cada joven encuentre su lugar en el mundo y pueda descubrir la vida en profundidad. Esto también fue uno de los ejes del Congreso de Vocaciones que celebramos en febrero, donde se destacó la necesidad de crear espacios de escucha, acompañamiento y discernimiento que permitan a cada persona vivir su vocación de manera auténtica.

Por último, de puertas para dentro, ¿la CONFER planea una renovación de la estructura organizativa?

Desde hace unos años en las Asambleas surgen nuevas preocupaciones que los superiores mayores señalan como necesidades urgentes. Las inquietudes van cambiando y cada vez la CONFER debe responder con agilidad ante los cambios de la sociedad y de la misma Iglesia. Por eso, necesitamos tener muy claro 'el para qué' de nuestra organización, y así contar con una estructura que realmente responda a ese fin. Por eso estamos en un proceso de revisión. Queremos responder mejor a los desafíos reales que la vida consagrada está viviendo hoy y sentimos la necesidad de una estructura más ágil, colaborativa y en sintonía con las nuevas realidades.

La intención es avanzar hacia una organización más flexible, que trabaje por proyectos y que nazca de las necesidades concretas de la vida consagrada. Se trata también de reforzar el trabajo en equipo y de cuidar que todo lo que hacemos sirva verdaderamente a las congregaciones y comunidades. El mismo Dicasterio nos invita a revisar nuestros Estatutos para que el marco que nos organiza sea amplio, actual y acorde a la realidad. **■**

ECOS DEL CLAUSTRO



Trabajando las raíces

M.ª Pilar Avellaneda Ruiz, ccsb

MONASTERIO DE LA ENCARNACIÓN (CÓRDOBA)

La vida consagrada atraviesa un momento de prueba que la asemeja a los días del invierno, que tienen menos luz, son más cortos, las noches más largas, y se trabaja más hacia adentro con discreción, que hacia la vistosa intemperie del escaparate.

No estamos ante la explosión de una primavera fresca, ni ante el apacible estío que invita al descanso; tampoco estamos ante el otoño discreto que nos introduce en la serena alfombra de hojas caídas, sino ante el difícil tiempo de los inviernos tenaces, en el que el frío por fuera, con su nota de austeridad, nos sumerge en una intemperie sin demasiados adornos.

Y, sin embargo, en el invierno la vida también crece, aunque no se perciba a primera vista. Es un periodo que tiene su sentido y cumple su misión. Necesitamos saber acoger su mensaje. No tiene la apariencia vistosa y colorida de otras estaciones, pero trabaja calladamente, para que, a su tiempo, lleguen los frutos sabrosos.

Claro que no es el momento de la flor, ni de los frutos, es el momento de la raíz. Las raíces no trabajan en el escaparate, sino en la más noble trastienda, para luego presentar lo que callandito se ha ido preparando día tras día. Dios espera donde están las raíces; tú, ¿dónde estás?

Hay mucha vida consagrada que vive serenamente sus cuatro esta-

ciones, que tienen gozo y paz, que vuelven su mirada a Dios, que se dejan mover y conmover por el Espíritu de Dios, y lo hacen con la Iglesia, con todos los peregrinos cuyas raíces están vivas. Esta vida consagrada, que trabaja la raíz en su invierno, es la que enciende la lámpara de la esperanza evangélica, y la que sabe acrecentar con su vida la santidad cristiana en el mundo.

En este Jubileo 2025 de la Esperanza se nos invita a seguir redescubriendo la alegría del encuentro con el Señor, como cuidado de la raíz de nuestra consagración, y se nos llama a la renovación espiritual, que nos compromete en la transformación del mundo, aunque predomine el frío invernal.

Todos tenemos el don y la tarea de llevar esperanza allí donde se ha perdido; donde la vida está herida, en las expectativas traicionadas, en los sueños rotos, en los fracasos que destrozán el corazón; en el cansancio de quien no puede más, en la soledad amarga de quien se siente derrotado, en el sufrimiento que devasta el alma.

Sembremos la esperanza del Evangelio, la esperanza del amor, la esperanza del perdón, la esperanza de la acogida. Que a todos llegue la Buena Noticia de que la “puerta santa” del corazón de Dios se abre para ti y para todos. 

HERRAMIENTAS PARA LA VIDA COMUNITARIA



UN ENCUENTRO DE FAMILIAS EN FAMILIA *A vueltas con la intercongregacionalidad*

Manuel Ogalla, CMF

MISIONERO CLARETIANO, HARARE (ZIMBABUE)

El papa Francisco en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, compartía con todo el pueblo de Dios cuatro principios que, basados en la doctrina social de la Iglesia, se articulan como ejes vertebradores de una convivencia real y significativa. Cuatro principios que dinamizan la construcción de un pueblo donde las diferencias se armonizan en un proyecto común (EG 221) y que perfectamente podrían aplicarse al misterio de vida y comunión que es nuestra vocación religiosa.

De sobra sabemos que *el tiempo es superior al espacio*, sobre todo si

atendemos los itinerarios formativos o los procesos vitales en nuestros organismos. Nos mueve el convencimiento de que *la unidad prevalece sobre el conflicto*, a pesar de las heridas que acumulamos y de las tensiones que nos desgastan. Que queremos pensar que *la realidad es más importante que la idea*, evitando así frustraciones infantilistas cuando los planes no salen como se sueñan o valorando al hermano en la fragilidad de la enfermedad o la pequeñez. Y, sin duda, confesamos que *el todo es superior a la parte*, rescatándonos así del riesgo egocéntrico de creer-

nos autosuficientes y la tentación soberbia de proclamarnos el criterio supremo con el que juzgar al otro.

Tal vez hoy, si hacemos un sano ejercicio de autocritica y evaluamos con honradez nuestras acciones pastorales, nuestros planes de acción o nuestros ritmos comunitarios, podremos constatar que un elevado número de comunidades religiosas experimenta una cierta carencia de ese último principio de comunión que Francisco nos recordaba.

Duele ver que, particularmente en nuestro contexto occidental, muchas comunidades se ven arrastradas por la marea individualista y competitiva de nuestro mundo, encumbrando la parte por encima del todo. De esta manera, el vicio de autosuficiencia institucional y carismática parece permear sutilmente el *modus operandi* de nuestras obras apostólicas, la manera particular de relacionarnos con la iglesia local¹ e, incluso, la autocomprendión de nuestra vida de comunidad aislada del resto de familias religiosas. O valiéndonos de las estimulantes palabras del papa Francisco, nuestras comunidades corren el riesgo de convertirse “en un museo folklórico de ‘ermitaños’ localistas, condenados a repetir siempre lo mismo, incapaces de dejarse interpelar por el diferente y de valorar la belleza que Dios derrama fuera de sus límites” (EG 234).

Por esta razón, hoy os invito a avivar el convencimiento de que el todo es más rico, más hermoso y más evangélico que tan sólo una parte. El todo de la comunidad eclesial es marco y fundamento de la pequeña parte que constituye nuestra comunidad religiosa. El todo multiforme y plural de la vida consagrada abraza y reúne la parte que cada instituto y familia carismática aporta. El todo de la co-

munidad intercongregacional estimula y transforma el estrecho de la parcialidad que nos encierra en un “nosotros” presuntuoso y excluyente². Un todo que se palpa a través de tantos proyectos liderados por equipos formados por religiosos y religiosas de diferentes congregaciones o a través de iniciativas pastorales que hermanan diversas tradiciones carismáticas.

La intercongregacionalidad se convierte así en un modo de entender la misión desde el principio articulador de la comunión y la complementariedad, un significativo dinamismo misionero y un testimonio claramente profético en medio de un mundo dividido y agrietado. Sin embargo, si ahondamos un poco más, descubrimos que la intercongregacionalidad es también posibilidad y acicate para reafirmar nuestra naturaleza abierta y sinodal: ¡Somos con otros!

La vida religiosa no se define desde la autorreferencialidad, sino desde la dinámica del encuentro. El nosotros congregacional y comunitario se acriolla, se enriquece y se expande cuando se libera de la burbuja hermética que nos aísla del todo eclesial y sale entusiasta al encuentro del otro. En estos tiempos de genocidios lacerantes y guerras fratricidas, los religiosos y las religiosas queremos vivir y testimoniar esta cultura del encuentro. Queremos peregrinar juntos; otear un horizonte de esperanza que no es propiedad privada de unos o de otros; trabajar juntos, desde nuestra diversidad carismática, por un mundo más acorde al proyecto de amor que Dios sueña para todos. Los religiosos y las religiosas creemos en el milagro del encuentro.

Precisamente aquí radica la herramienta comunitaria que os propongo en esta ocasión, organizar un encuentro intercongregacional. Abrir

las puertas de nuestra comunidad e invitar a otros religiosos y religiosas de la zona (ya sea el barrio, la parroquia, el pueblo...) a saborear la dulzura de *un encuentro de familias en familia*; experimentar, desde lo sencillo y cotidiano, la belleza de la comunión en la diversidad; disfrutar de ese todo eclesial que da sentido a las particularidades carismáticas. La clave para entender y valorar esta herramienta está en el diálogo discerniente de la comunidad organizando este encuentro: buscar el día más oportuno, concretar el programa a seguir, plantear la posibilidad de una comida compartida... Los modos de organizar este encuentro en familia pueden ser muy diversos. La manera concreta de realizarlo dependerá muchísimo de la situación particular de cada comunidad, así como del contexto social y geográfico donde nos encontremos. Con todo, el paso decisivo y más importante es lanzar la invitación a la comunidad vecina. Lo demás irá fluyendo, con más o menos dificultades, pero fluyendo.

A modo de ensayo me atrevo a sugerir un guion orientativo. El encuentro de familias en familia comenzaría con una pequeña oración y unas palabras de bienvenida. Como la intención es apreciar la riqueza carismática, se invita a cada instituto a compartir con los demás un poco de su identidad y carácter en la Iglesia, rasgos del fundador, retazos significativos de su historia y la misión particular que realiza en nuestra zona. Dependiendo del número de familias carismáticas presentes y la organización particular del encuentro, cada presentación contará de un tiempo prudencial que facilite la participación de todos. Una vez presentadas todas las congregaciones, y si el tiempo lo permite, lo ideal sería, si hay posibilidad, organi-

zar una acción conjunta sencilla: una velada por la paz en la parroquia, una jornada de catequesis con el alumna do de secundaria del cole del barrio, una acción misionera y navideña por las calles del pueblo... Como conclusión del encuentro, juntos disfrutamos las delicias que cada comunidad ha preparado y desde la gratuidad ha traído para compartir.

Una propuesta sencilla y quizás, para algunos, poco original; sin embargo, goza de una gran significatividad misionera y un importante talante profético. Un encuentro de familias en familia para dar gracias a Dios por la comunión eclesial en la diversidad carismática. Una herramienta comunitaria para saborear nuestra identidad abierta y sinodal. Una plataforma valiente y decidida para testimoniar la llamada universal a la unidad a pesar de las fracturas y heridas que nos separan y dividen. Un encuentro de hermanos y hermanas para proclamar con gozo y repetir sin cansancio que el todo es más rico, más hermoso y más evangélico que tan solo una parte. 

1 Esta es la convicción de las teólogas americanas Mary Judith O'Brien y Mary Nika Schaumber: "Algunos institutos estaban demasiado preocupados por sí mismos y no por las necesidades de la Iglesia" ("Conclusion", en *Council of Major Superiors of Women Religious. The foundations of Religious Life. Revisiting the vision*. Pauline, Mumbai 2009, p. 297)

2 Bellamente lo expone la Hna. Clara María Temporelli: "Vivir fuertemente la realidad de la intercongregacionalidad en unos casos nos posibilitará unirnos para llevar adelante misiones conjuntas; pero a la vez a las/os religiosas/os nos permitirá conocernos, valorarnos y apoyarnos. No hay camino para la indiferencia. El camino es la comunión y valoración mutuas" ("Intercongregacionalidad: tejiendo redes, sumando carismas y misiones", *Revista CLAR* 2 (2021) 91-98).

INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA



Orden Hospitalaria de San Juan de Dios

JOAQUIM ERRÀ MAS, OHSJD

Los inicios de la Orden Hospitalaria se remontan al siglo XVI, época en la que vivió Juan Ciudad Duarte, nombre originario de quien fue más conocido como san Juan de Dios.

Nacido en el municipio portugués de Montemor-o-Novo y fallecido en la ciudad de Granada en 1550, Juan de Dios fue una persona inquieta y aventurera, un claro “buscador” que, tras diversas experiencias de vida, se encontró con el Señor en Granada, escuchando una predicación de san Juan de Ávila. Allí se produjo lo que conocemos como su “conversión”, un momento convulso en su vida que le llevó a ser ingresado en el Hospital Real, en la sección destinada a personas con trastornos mentales.

Los años que había pasado recorriendo la ciudad, y que le habían

permitido conocer bien la realidad de las personas sin hogar, junto a su experiencia en el Hospital Real, le hicieron experimentar y padecer la dureza de la calle y el maltrato a los enfermos, y le indujeron a la intuición que marcaría el resto de su vida: “Pido a Dios me dé la gracia, cuando salga de aquí, de disponer de un lugar donde las personas puedan ser tratadas de otra manera”.

Bajo la dirección espiritual de san Juan de Ávila, y con los conocimientos básicos adquiridos en la enfermería de los Jerónimos del monasterio de Guadalupe, Juan de Dios inició la misión de acoger a las personas pobres, enfermas, y sin hogar. Para ello, buscó espacios y recursos para atenderlas en modos que eran muy novedosos en aquella época y que se

centraban en el cuidado del cuerpo y el alma de las personas.

Juan de Dios repartía su tiempo entre la atención a los pobres y enfermos, que cada vez eran más; la petición de limosnas para llevar a cabo su obra, y la oración. Su manera de vivir, su testimonio de vida, su espiritualidad y su atención a los más vulnerables de la época cautivó rápidamente a otras personas que se sumaron a su misión y de entre ellas surgieron sus “primeros compañeros”.

Tras la muerte de Juan de Dios, este grupo de seguidores obtuvo en 1572 la consideración de Fraternidad Hospitalaria bajo la Regla de san Agustín, y en 1586 la aprobación como orden religiosa.

Podemos decir que Juan de Dios fue un laico que no “pensó” en una orden hospitalaria, sino que la “vivió”. Nacida en la calle y al servicio de las personas desatendidas, desde sus inicios la Orden pretende hacer presente la misericordia de Dios entre las personas enfermas, pobres y desvalidas, y aspira a manifestar esta misericordia con gestos de hospitalidad.

En las *Constituciones* se dice textualmente: “Nos dedicamos con gozo a la asistencia de quien sufre con las actitudes y los gestos peculiares del Hermano Hospitalario: servicio humilde, paciente y responsable; respeto y fidelidad a la persona; comprensión, benevolencia y abnega-

ción; participación en sus angustias y esperanzas”. Estas expresiones han marcado el contenido y estilo que caracteriza la historia de la Orden, tanto en los tipos de centros que ha promovido, como en la espiritualidad y principios que la han guiado.

Desde sus orígenes, la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios se expandió rápidamente. Movidos por el deseo de llevar la hospitalidad evangélica a donde fuera necesario, propagó su carisma en los cinco continentes. Actualmente, sigue esta dinámica y está presente en 54 países, con formas y expresiones muy diversas.

En esta pluralidad, nos sentimos parte de una realidad universal bajo la inspiración de san Juan de Dios, con una espiritualidad basada en la hospitalidad y en la misericordia de Dios como estilo de vida y modelo de atención para asistir a quienes sufren las consecuencias de la enfermedad, la discapacidad, la soledad, la falta de hogar, etc.

En la actualidad, pequeños grupos de hermanos de distintos continentes continúan marcando, junto a un gran grupo de profesionales, voluntarios, y gracias a la inestimable ayuda de muchos benefactores y amigos de la Orden, el compás de esta presencia de la Iglesia en los ámbitos sanitario, sociosanitario y social.

En función de la realidad y las necesidades de cada lugar, se de-



sarrollan actividades muy diversas de asistencia sanitaria y social, integración socio-laboral, formación e investigación. La Orden ofrece atención en hospitales generales, centros de salud comunitaria, residencias y servicios domiciliarios para personas mayores, centros de atención a personas con capacidades diversas, servicios de atención a personas con trastornos mentales, etc.

En los últimos años, sobre todo en Europa y América, se han incrementado los recursos y estructuras para atender a las personas sin hogar, a las personas enfermas que requieren cuidados paliativos, los centros de atención a personas con riesgo de exclusión, la acogida y el acompañamiento de las personas migradas, víctimas de maltrato...

En todas estas iniciativas —como en las que a lo largo de la historia viene promoviendo la Orden—, el principal interés es siempre la persona atendida y su entorno. Ofrecer una atención holística humanizada, basada en los valores de la Orden: hospitalidad, calidad, respeto, responsabilidad y espiritualidad.

La que llamamos Familia Hospitalaria de San Juan de Dios está formada actualmente por alrededor de 65.000 colaboradores y 950 religiosos, hermanos.

Seguimos convencidos de la importancia y el valor que tiene hacernos presentes, como Iglesia, en estas realidades en las que, por la enfermedad, el sufrimiento, la fragilidad y, lamentablemente en muchos casos, la exclusión y discriminación social es necesario seguir manifestando la

misericordia de Dios a través de acciones, palabras y gestos de hospitalidad.

La Iglesia no puede obviar las realidades que repetidas veces golpean nuestras vidas y las de tantas personas, y que suscitan grandes interrogantes existenciales. De ahí que, con humildad y no pocas limitaciones, la Orden de San Juan de Dios realice, siguiendo el estilo de nuestro fundador, su pequeña contribución a través del carisma de la hospitalidad y de nuestra misión evangelizadora en la Iglesia.

Queremos fomentar, además de la asistencia, la sensibilización profética de la sociedad y promover, en la medida de nuestras posibilidades, la solidaridad y la transformación hacia una sociedad más inclusiva, especialmente para con las personas con más riesgo de exclusión, estigma y vulnerabilidad.

Estamos convencidos que el Espíritu nos sigue empujando a toda la Familia de San Juan de Dios —religiosos y colaboradores laicos— a asumir riesgos, a ofrecer alternativas y a ocuparnos de tantas y tantas personas que se encuentran en situaciones de enfermedad, amenaza de la vida, soledad no deseada, exclusión o sin hogar.

A dar respuestas que tienen que sumar esfuerzos y carismas, crear redes de hospitalidad, promover alianzas, que nos permitan, como Iglesia, continuar ofreciendo una respuesta válida y evangélica que salga al paso de las necesidades y sufrimientos de las personas. 

**Si desean dar a conocer su instituto en esta sección de la revista,
pueden enviar un texto de 7.000 caracteres (con espacios)
y tres fotos significativas de buena calidad a: secretaria@vidareligiosa.es**

ACTUALIDAD



Principio de curso en el Instituto Teológico de Vida Religiosa y la Escuela Regina Apostolorum

Desde los primeros compases del año, la propuesta de trabajo de ambos centros de estudio busca ser una apuesta tan abierta al pasado como atenta al porvenir, ofreciendo herramientas que respondan con la firmeza del pensamiento y con los pies asentados en el mar de la realidad que nos circunda.

Ignacio Virgillito

OFICINA DE COMUNICACIÓN DE LA PROVINCIA CLARETIANA DE SANTIAGO

A principios de octubre tuvo lugar el acto de inicio de curso del Instituto Teológico de Vida Religiosa y de la Escuela *Regina Apostolorum*. Se han anunciado también las distintas actividades que ahondarán en la formación permanente de cientos de consagrados: Talleres para economistas, Aula de formadores, Cursos de formación para responsables de comunidad y el ya consolidado ciclo *Los Jueves del ITV*, que este año dirige la mirada a una encrucijada histórica, el concilio de Nicaea, cuyo milésimo septingentésimo aniversario celebramos. “Una de las palabras mágicas de todas las lenguas es ‘empezar’. Un término prometedor que significa dar comienzo o principio a algo, iniciarla, ponerlo en marcha”, se sincera el P. Antonio Bellella, director del ITV-Era. Aunque, quizás, “sería más propio afirmar que empezamos y, a la vez, seguimos”, matiza el religioso claretiano, pues “el inicio de cada curso pone de manifiesto la continuación de una labor al servicio de la vida consagrada obligada a recomenzar año tras año”.

“Cada curso abre un espacio donde siempre hay nuevos rostros y nuevas propuestas que traen inquietudes que hasta ahora no se habían hecho presentes. Un ámbito sometido a las interacciones de una realidad que continuamente nos exige revisarnos; nos sorprende y nos pide una respuesta ajustada”.

Cátedra «Iglesia. Secularidad. Consagración»

Este año, el ITV subrayará de un modo más destacado la atención diversificada a la pluralidad de las vocaciones a la vida consagrada intensificando su compromiso de colaboración con CEDIS —la Conferencia

Española de Institutos Seculares—, “pues la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca ha transferido la sede de la Cátedra ‘Iglesia. Secularidad. Consagración’ a nuestro Instituto”, anuncia Bellella. Así, el director del ITV ya ha organizado una jornada académica bajo el título “Yo. Identidad creatural”, que pretende aportar su granito de arena a un tema que no es intrascendente ni extraño: “Incluso en nuestra época, aparentemente desinteresada por todo lo relativo a la antropología, emergen planteamientos y propuestas que ponen en entredicho lo humano como hasta ahora se ha entendido. Hay nuevos debates que es imposible ignorar, como por ejemplo el de los límites de la inteligencia artificial”, explica. Dicha jornada, programada para el 15 de noviembre, está articulada en torno a la pregunta que plantea el salmo 8, “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”, y contará con las conferencias de Mons. Luis J. Argüello, arzobispo de Valladolid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, el P. Antonio Sánchez Orantos, CMF y la Hna. María José Mariño.

Los Jueves del ITV

Comprometido a acompañar su caminar al ritmo de toda la Iglesia, este otoño el instituto ha querido valerse del marco que proporcionan los 1700 años transcurridos desde la celebración del concilio de Nicaea para arrancar el ciclo de conferencias. El ITV se ha inspirado en la bula de convocatoria del Jubileo, *Spes non confundit*, para articular las ocho jornadas de este ciclo. “Evidentemente, no nos detendremos en la relevancia dogmática del concilio —explica Bellella—, sino que abordaremos aspectos cristológicos, eclesiológicos, históri-



cos, pastorales y artísticos, relacionando el ‘acontecimiento Nicea’ con los albores de la vida consagrada”. Nicea reviste una coincidencia cronológica que no debería pasar desapercibida: “Hace 1700 años que se celebró el primer concilio ecuménico y hace también 1700 años que la vida consagrada comenzó su desarrollo en la Iglesia”, recuerda el religioso. Así, “el primer concilio es nuestro coetáneo y, aunque a primera vista no lo parezca, dos realidades eclesiales que son contemporáneas en la historia guardan entre sí mayor relación de lo que parece a primera vista”.

Hacer memoria del año 325

El punto de vista histórico nos invita a mirar al pasado y hacer memoria del año 325, “momento en que se celebró el primer concilio ecuménico, precisamente doce años después de que las autoridades del Imperio Romano reconocieran el derecho de los cristianos a practicar y extender libremente su fe”, explica el profe-

sor. Efectivamente, “con la libertad de culto se inicia una nueva relación del cristiano consigo mismo, con su comunidad de fe y con la sociedad”. “En poco más de cincuenta años, el cristianismo adquirió tal relevancia que pasó a ser la religión oficial del Imperio romano”, explica. Viéndolo con los ojos de hoy y usando nuestro lenguaje, el acontecimiento Nicea formaría parte de la implementación de un nuevo paradigma social, cultural y eclesial, que hizo del cristianismo y la Iglesia dos elementos clave de la configuración futura del mundo occidental. “Los restos de la cristianidad, incipiente en el concilio de Nicaea, se desbaratan en nuestros días a todos los niveles y a ojos vista. Ahora hablamos de sociedades post-cristianas. La legislación civil que en el siglo IV empezó a inspirarse en los principios cristianos, hoy intenta alejarse de ellos”, lamenta.

Con este ciclo de conferencias, el Instituto pretende ofrecer a las comunidades y personas consagradas algunas pistas para mirar a nuestras sociedades a partir de la experiencia adquirida. “Ojalá también logre dar algunas respuestas a esas cuestiones que cada época está obligada a replantear y reformular”, abundaba el profesor, pidiendo una revisión de temas fundamentales como la identidad del cristiano, las relaciones intraeclesiales, la visibilidad de la Iglesia, el desarrollo de la misión y el rol de las formas de vida cristiana. **W**

Pueden conocer el programa completo de ‘Los Jueves del ITVR’ de este curso visitando la página web www.itvr.org.

DESDE ORIENTE



Salud mental de los consagrados

Paulson Veliyannoor, CMF

DIRECTOR, INSTITUTO DE VIDA CONSAGRADA - SANYASA (INDIA)

El 28 de septiembre, en el Instituto Sanyasa, organizamos una conferencia para conmemorar el Jubileo de la Vida Consagrada. Una de las sesiones plenarias se tituló “Del abandono al cuidado: ser administradores de nuestras vidas emocionales”. La charla tocó la fibra sensible de los 210 asistentes y suscitó un animado debate. Supongo que el tema les resultó muy personal, relevante y urgente.

Los problemas de salud mental están aumentando en la población general, y los sacerdotes y religiosos, como subconjunto de la población general, también registran tendencias similares. Sin embargo, uno empieza a preguntarse si la incidencia está creciendo más rápido que la curva de probabilidad normal.

Vean estas estadísticas: el 18% de los pastores estadounidenses han contemplado el suicidio o la autolesión. Entre 2016 y 2019, siete sacerdotes se suicidaron en Francia. Entre agosto de 2016 y 2023, cuarenta sacerdotes se quitaron la vida en Brasil. En Irlanda, en los últimos diez años, ocho sacerdotes se suicidaron. El suicidio del P. Matteo Balzano, un sacerdote italiano de 35 años, provocó una gran tristeza y preocupación. En la India, tres sacerdotes se quitaron la vida en dos semanas este año.

No estoy seguro de qué porcentaje de estos sacerdotes eran religio-

sos. Las investigaciones demuestran que las tasas de depresión también siguen siendo elevadas entre los consagrados.

Un estudio realizado en 2009 por la Universidad Loyola reveló que más del 40% de las religiosas mostraban síntomas significativos de depresión. Múltiples estudios han revelado que entre el 5% y el 10% sufren depresión grave, y un porcentaje mucho mayor (hasta el 30-40% en algunas encuestas) informa de agotamiento, extenuación emocional y síntomas depresivos.

Quizás sea hora de que el mundo reconozca que los sacerdotes y los religiosos son humanos, como todos los demás, y necesitan que se les cuide.

Más importante aún, todos los sacerdotes y religiosos deben reconocer que son humanos y que no hay que avergonzarse de pedir ayuda. El autocuidado es un elemento esencial de la higiene y la salud mental. Desgraciadamente, muchos sufren la “culpa católica”, que les hace considerar que cuidar de uno mismo es egoísta y pecaminoso.

Solo podemos amar a los demás en la medida en que nos amamos a nosotros mismos. ¡Y eso es lo que el Señor les pidió que hicieran, de todos modos! ▀

RINCÓN CULTURAL

Inteligencia artificial (IA), tú me sondeas y des-conoces

Pedro M. Sarmiento, CMF



Hice una pregunta: —¿Puedes escribir una carta a mi provincial para rechazar un destino? —Sí, claro (la IA es muy complaciente).

He aquí el resultado, instantáneo:

Rvdo P. Provincial:

Recibo con profunda gratitud su generosa designación a [Destino asignado]. Agradezco enormemente la confianza depositada en mí y la oportunidad de servir a la Iglesia.

Sin embargo, después de una cuidadosa reflexión y oración, me veo en la necesidad de solicitarle, con el debido respeto, que reconsideré esta asignación. Existen circunstancias personales/vocacionales [Explica brevemente y con respeto la razón, sin entrar en detalles excesivos. Ejemplos: “que me impiden atender plenamente las necesidades del destino asignado”, “que me llevan a considerar otras formas de servicio más acordes a mi vocación en este momento”].

Confío en su comprensión y sabiduría para discernir lo mejor para mí y para la Iglesia. Estoy a su entera disposición para conversar sobre este asunto y buscar juntos la voluntad de Dios.

Con el mayor respeto y afecto en Cristo, [Tu Firma] [Tu Nombre]

Un caja llena de algoritmos parece conocerme, y me ofrece un estilo dialogante, postconciliar y cuidadoso. Nada que objetar. El resultado me convence, pero ¿no será esta una seducción peligrosa?

Ninguna de las empresas creadoras de inteligencia artificial desvela

el funcionamiento de sus algoritmos. Hay procesos opacos de decisión en los modelos que utilizan, prejuicios sistémicos, que pueden usarse con fines maliciosos. Sin transparencia no hay responsabilidad imputable a una máquina que otros manejan. ¿Si me equivoco al rechazar mi destino a quién reclamo? ¿A Silicon Valley?

La IA es muy lista, parece saber teología, pero le falta el alma y la experiencia de quien, a lo mejor, está dispuesto a perder la vida para ganarla, que es un algoritmo contradictorio. ¿Hay un algoritmo evangélico en la inteligencia artificial? Lo dudo. Invertir la realidad no parece productivo ni operativo y expresa una libertad no condicionada por nada ni por nadie salvo la adhesión a Jesucristo. La inteligencia nos sondea y nos des-conoce, solo lo humano nos hace libres, y eso no es la acumulación de todos nuestros datos, sino el misterio insondblable en el que hay que contar con Dios como sorpresa.

Pero no seamos reaccionarios. La carta no estaba mal, su apuesta era cortés e “inteligente”. Mas ¿qué pensará la IA de la frase “quien quiera ganar la vida que la pierda”?

He leído que los datos de nuestra frecuencia cardíaca valen más que los de nuestras compras, y que 125 “me gustan” hacen que Meta nos conozca mejor que nuestros familiares y amigos. Gracias a Dios, nuestros corazones están allí donde quien nos ha creado nos conoce cuando nos sentamos o levantamos.



La celda cerrada ***El último viaje de Etty Hillesum***

Carmen Guaita

336 pp.

Mensajero, Bilbao 2023.

Hay una gran producción editorial de y sobre Etty Hillesum. Sus diarios, traducidos al castellano, cartas, etc., y los muchos ensayos sobre su biografía y su obra, han hecho que esta joven judía, víctima del Holocausto, sea muy conocida en la literatura teológica y espiritual. Así Etty Hillesum ha pasado de ser una desconocida, a ser un referente por su proceso biográfico interior de búsqueda de Dios. La joven Etty es considerada por algunos una mística de nuestro tiempo. Su itinerario existencial es una interpelación sobre el sentido del dolor, y de la propia existencia de cara a los demás y al mismo Dios. Como afirma bellamente Carmen Guaita: "una muchacha compleja y radiante, la quintaesencia de lo humano, como si su alma hubiera sufrido en veintinueve años las penas de todos los siglos y hubiera destilando de ellas el perfume del sexto día de la Creación" (p. 216).

Este libro supone un intento nuevo de acercamiento a Etty Hillesum. Se trata de una novela, muy bien escrita, que transcurre durante sus dos últimos días en el vagón en el que fue deportada a Auschwitz. Una ficción que sirve de pretexto a la autora para presentar profundamente los pensamientos y sentimientos de la pequeña

rabina. El libro se lee con gran placer, y es muy recomendable tanto para quienes ya conocen a Etty Hillesum, como para los que se acerquen por primera vez a su biografía y recorrido espiritual.

La secuencia de las horas angustiosas de ese viaje al exterminio narra los sentimientos y emociones de los personajes encerrados en la celda ambulante. Es un libro profundamente triste, pero en él siempre hay un rayo de esperanza, como la rendija que hace llegar la luz al interior de aquel transporte ferroviario hacia la muerte. No es fácil encontrar buena ficción espiritual, pero esta novela atrapa a quien quiera encontrar un itinerario de fe especial, jalónado por contradicciones, certezas y miedos, pero con la vivacidad de una mujer excepcional que creía que "cuando tenemos un centro, todas las impresiones externas encuentran dónde agarrarse" (p. 237).

La autora ha escrito un libro muy bello, lástima (un único reproche) del diseño disuasorio de la portada, que no hace justicia a la extensa iconografía de Etty Hillesum, una chica atractiva, que no necesitaba la tentación de los colores de un best seller para brillar por sí misma. VR

Pedro Manuel Sarmiento, cmf.

Peregrinantes in Spem

Angela Reddemann



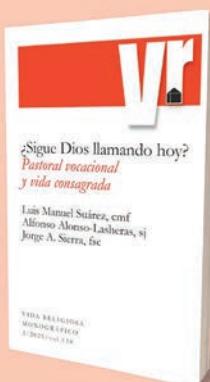
Mundo digital y vida consagrada

Martín Carbajo-Núñez



¿Sigue Dios
llamando hoy?

Luis Manuel Suárez,
Alfonso Alonso-Lasheras,
Jorge A. Sierra



Los números **monográficos de VR** permiten **profundizar** en los **temas más candentes** que afectan a la **vida consagrada hoy**. Este año, en que hemos sido **Peregrinantes in Spem**, nos hemos ocupado del **Mundo digital** y las oportunidades y desafíos que nos procura; y nos hemos preguntado si **Dios sigue llamando hoy** para centrarnos en la pastoral vocacional.



Nueva edición del Postgrado en **Administración de Bienes Eclesiásticos**

CaixaBank y la Universidad Pontificia Comillas ponen en marcha la quinta edición del postgrado para formar **especialistas en la Administración de Bienes Eclesiásticos**. CaixaBank cuenta con un equipo especializado en Instituciones Religiosas y, para apoyar la necesidad de formación en la administración de los recursos de las instituciones religiosas, se compromete a impulsar el curso **becando parcialmente a los alumnos y aportando profesionales** en materias financieras.



Tu y yo.

Nosotros.

Más información del Postgrado:



 **COMILLAS**
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
ICAI | KACE | QHS

 **CaixaBank**